

# Instituto de Ciencia Política

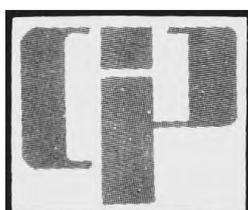
## Facultad de Ciencias Sociales

## Universidad de la República

Del Frente Amplio al Encuentro Progresista: el camino de  
la una izquierda moderada. Acerca del itinerario  
reciente del a izquierda uruguaya (1964-2000). N° I

Jaime Yaffé

Documento de Trabajo N° 26  
2001



**Acerca del itinerario reciente de la izquierda uruguaya (1984-2000) – (I) \***

**DEL FRENTE AMPLIO AL ENCUENTRO PROGRESISTA  
EL CAMINO DE UNA IZQUIERDA MODERADA**

JAIME YAFFÉ \*\*

**Introducción general: <sup>1</sup>  
restauración democrática y renovación de la izquierda**

La izquierda uruguaya ha vivido entre 1984 y 2000 un proceso de renovación política simultáneamente con un constante crecimiento electoral. Ambos fenómenos (renovación y crecimiento) han modificado sustantivamente la ubicación de la izquierda, en el contexto de un sistema de partidos que pasó de un formato bipartidista a uno multipartidista con cuatro actores relevantes, al tiempo que, en la dinámica de la competencia política que se produce en su interior, exhibe una notoria moderación política. El sistema de partidos uruguayo se ha consolidado en estos años como un pluralismo crecientemente moderado.

Estos cambios han provocado a su vez modificaciones en el sistema político que estuvieron en la base motivacional de la última reforma constitucional. Desde 1985, la emergencia de problemas de gobernabilidad, en tanto el partido triunfador de la elección presidencial no ha tenido mayoría parlamentaria propia, estimuló el desarrollo de prácticas de colaboración y de coalición entre partidos. En estos años, blancos y colorados ensayaron y afianzaron el armado de gobiernos en base a acuerdos interpartidarios, pautados por la colaboración entre sí y por la simultánea exclusión del tercero en discordia, erigido en partido de la oposición. Mientras tanto, el Frente Amplio accedió al gobierno municipal de Montevideo, inaugurando la experiencia de la “cohabitación” y consolidando los perfiles de una izquierda gobernante que progresivamente abandona, no sin dificultades y reticencias, su tradicional carácter contestatario y opositor y se perfila como alternativa desafiante a la continuidad del ejercicio gubernativo por parte de los partidos tradicionales. En ese contexto, se ubica la renovación de la izquierda, cuyo principal actor partidario, el Frente Amplio, exhibe una notoria moderación que involucra diversos aspectos de su accionar político.

---

\* El trabajo que se presenta en esta serie de tres documentos es el resultado de una investigación realizada en el marco de la preparación de la Monografía Final con la que en diciembre de 1999 obtuve el título de Licenciado en Ciencia Política. La misma se desarrolló en el Área de Historia Política del Instituto de Ciencia Política entre 1998 y 1999 bajo la tutoría de José Rilla quien orientó y supervisó todo el proceso de investigación y redacción. Jorge Lanzaro y Romeo Pérez realizaron valiosos comentarios y sugerencias sobre diversos aspectos del trabajo, los que han sido parcialmente incorporados. No obstante ello, como siempre, la responsabilidad por lo que aquí se dice corre por cuenta exclusiva del autor.

\*\* Profesor de Historia (Instituto de Profesores Artigas) y Licenciado en Ciencia Política (Facultad de Ciencias Sociales). Docente de la Enseñanza Secundaria y de la Universidad de la República. Investigador del Instituto de Ciencia Política (Facultad de Ciencias Sociales) y del Instituto de Economía (Facultad de Ciencias Económicas y de Administración), Universidad de la República.

<sup>1</sup> Más allá del acotado contenido específico de este primer documento esta introducción es una presentación general de la serie de tres documentos proyectados sobre el tema.

El lento pero constante crecimiento electoral de la izquierda<sup>2</sup> ha sido una de las tendencias más notorias en el proceso político de la democracia uruguaya restaurada en 1984-85. La fotografía electoral de noviembre de 1994<sup>3</sup>, cuando el Frente Amplio alcanzó por primera vez el 30%, dio testimonio cabal de su nuevo lugar en el sistema político y los resultados de octubre de 1999<sup>4</sup>, en que arañó el 40%, no hicieron más que confirmarlo. Este reposicionamiento es la expresión de una de las notas más distintivas de la historia política uruguaya reciente: la culminación de la transición iniciada en 1971 desde un sistema de partidos bipartidista hacia uno multipartidista moderado con tres actores fuertes y un cuarto partido, menor mas no insignificante. En el marco de esta transformación, actualmente en proceso en el sistema político uruguayo, el Frente Amplio triunfó por tres veces consecutivas (1989, 1994, 2000) en las elecciones municipales de Montevideo. La izquierda debutó en funciones de gobierno (municipal), inaugurando una experiencia política que llegará en el 2004 a sus 15 años. Simultáneamente ello inauguró la cohabitación de gobiernos nacionales encabezados por los partidos blanco y/o colorado con un gobierno municipal de la capital del país conducido por la izquierda.

Estos eventos refieren a un aspecto parcial (el nuevo posicionamiento de la izquierda) dentro del conjunto de cambios que viene experimentando el sistema político uruguayo, en particular el sistema de partidos, desde la restauración democrática. Este último retomó en 1984 un proceso de transición iniciado en 1971 y en el marco de esa transformación, todos sus componentes, todos los partidos relevantes del sistema, han estado cambiando de una u otra forma<sup>5</sup>. Entre ellos la izquierda ha vivido un nutrido proceso de cambios que involucran diversas facetas de su configuración y actuación política: referentes ideológicos, formulaciones programáticas, modelos organizativos, auditorios de convocatoria, roles de gobierno y oposición, abordajes democráticos e institucionales, entre otros aspectos.

---

<sup>2</sup> Comprendo que, mirado en la perspectiva de los 169 años de historia electoral del país, haya quienes consideren que el crecimiento que llevó al Frente Amplio a convertirse en mayoría relativa en 28 años es rápido e incluso espectacular. Sin embargo, no comulgo con esta idea. La expansión electoral del Frente Amplio desde su estreno electoral en 1971 se ha hecho a lo largo de cinco elecciones sin que se pueda hablar de vuelcos espectaculares de una elección a otra, sino de un continuo proceso de crecimiento que hizo de la mayoría relativa alcanzada en octubre de 1999 un triunfo largamente anunciado. El FA arrancó en 1971 con el 18,3%, alcanzó en 1984 el 21,3%, en 1989 21,2% (llegando al 30,2% si sumamos el 9% del Nuevo Espacio que se separó del FA ese año), en 1994 el Encuentro Progresista alcanza el 30,6% (35,8% con el 5,2% del NE), y en 1999 el EP-FA alcanza el 39,1% (43,5% si sumamos el 4,4% del NE). Dicho de otra forma: si en 1971 los partidos tradicionales contaban con aproximadamente un 75% del electorado en 1999 sólo cuentan con aproximadamente un 55%. Comparando ambos extremos el cambio es muy importante. Pero no se produjo abruptamente de una elección a otra o en un par de elecciones.

<sup>3</sup> Partido Colorado 32,2%, Partido Nacional 31,2%, Encuentro Progresista 30,6%, Nuevo Espacio 5,2%.

<sup>4</sup> Encuentro Progresista-Frente Amplio 39,1%, Partido Colorado 31,9%, Partido Nacional 21,7%, Nuevo Espacio 4,4%.

<sup>5</sup> Estos fenómenos naturalmente han despertado el interés de analistas y estudiosos de la política uruguaya. En particular las transformaciones experimentadas por la izquierda y su nuevo lugar en el sistema político sido objeto de estudios específicos. Sin embargo los partidos blanco y colorado no han recibido igual atención aún cuando también viven procesos de transformación nada menores y estrechamente vinculados a los de la izquierda. Las miradas de conjunto a la evolución reciente del sistema de partidos uruguayo contarán con una base mucho más firme cuando el itinerario de blancos y colorados entre 1984 y 2000 sea estudiado con la especificidad que requiere.

La izquierda cambia en el marco de un sistema político en transformación. Ello abre dos enfoques posibles para el estudio de la renovación de la izquierda, que apuntan en dos direcciones necesariamente complementarias. Uno: como adaptación a un nuevo contexto político, enfoque este que remite a un abordaje centrado más bien en el sistema político, en particular en el sistema de partidos, o sea a un estudio de la izquierda en el sistema. El otro: como resultado de transformaciones operadas en la propia izquierda, que luego a su vez se proyectan al sistema político alterando su lugar en el mismo, lo cual remite más bien al abordaje de la propia izquierda como unidad partidaria.

Este trabajo privilegia el estudio de los cambios en la izquierda a través de la exploración de diversas facetas de la renovación del Frente Amplio<sup>6</sup> que tienen que ver con su dimensión partidaria. Ello no implica renunciar a la consideración de otros asuntos que derivan de un enfoque atento más bien a la dimensión sistémica de los cambios operados en la izquierda. Estudiar exclusivamente a la izquierda como partido excluyendo toda consideración a la izquierda en el sistema, y viceversa, reduce la perspectiva del observador y empobrece el análisis. Lo más conveniente, y ese es el camino transitado en este trabajo, es ubicarse preferentemente en una de las dos posibles ventanas desde las que se observa la misma realidad, sin por ello dejar de atender al panorama que revela la otra. De tal forma que aquí también se traen a consideración diversos aspectos que tienen que ver específicamente con la ubicación y los comportamientos de la izquierda en el sistema político, así como, al analizar ciertas facetas del Frente Amplio como partido que cambia, se hace inevitable referencia a la interrelación de los fenómenos estudiados con cuestiones que desbordan a la mirada interior y sólo pueden ser estudiadas desde una aproximación atenta al contexto de relaciones y comportamientos sistémicos de la izquierda.

¿Hacia dónde va el Frente Amplio, cuál ha sido la orientación de los cambios que ha experimentado entre 1984 y 1999? Para responder esta pregunta en este trabajo hago un estudio fundamentalmente descriptivo<sup>7</sup>, que recorriendo las diversas facetas de la configuración y los comportamientos del Frente Amplio, permite completar un panorama amplio de este proceso de cambio<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup> El Nuevo Espacio, agrupamiento que se originara en una escisión del Frente Amplio en 1989, queda fuera del objeto de este trabajo que se reduce al Frente Amplio por diversas razones que tienen que ver tanto con las dimensiones de la investigación que respalda este trabajo como con los atributos de las fuerzas políticas en cuestión (fundamentalmente sus diferenciales acumulaciones históricas y papeles respectivos en el sistema político). Un estudio completo de la izquierda uruguaya actual deberá incluir al Nuevo Espacio.

<sup>7</sup> Esta inclinación descriptiva no supone una renuncia a la introducción de elementos de sesgo explicativo, orientados al problema de por qué cambia el Frente Amplio, a la consideración de las variables que están incidiendo sobre el curso de este proceso de renovación de la izquierda. Si bien la intención y la prioridad que ha orientado este trabajo están centradas en la descripción del fenómeno, en el señalamiento de sus componentes y cualidades para dar cabal idea del mismo, de hecho intento simultáneamente no quedarme allí, sino también explicar, encontrar las razones y las causas, los fundamentos y los motivos, de la realidad que se describe.

<sup>8</sup> La atención preferencial a los cambios no es excluyente sino complementaria del registro de las continuidades. Nuestras observaciones de la evolución de los fenómenos sociales, entre ellos los políticos, atienden simultáneamente a las inflexiones y a las permanencias. En este caso se estudian los cambios de la izquierda en el marco de ciertas continuidades que aseguran la subsistencia de una identidad política que, transformada, no sólo sobrevive a las novedades sino que resulta incluso potenciada.

Como imagen representativa de los cambios que viene procesando la izquierda y la orientación de los mismos se ha señalado que estamos asistiendo a la tradicionalización del Frente Amplio<sup>9</sup>. Diversos trabajos académicos han descrito en estos términos las transformaciones visibles en la izquierda uruguaya de 1984 a nuestros días. También en el debate político, especialmente dentro de la propia izquierda, se ha vuelto frecuente la referencia, ya sea en tonos críticos o positivos, a la tradicionalización. Los espacios periodísticos que atienden al análisis de la política uruguaya, receptáculo y vehículo tanto de la producción académica como del debate político, han agregado también a la generalización y aceptación del uso del término que en un principio pudo resultar ciertamente rechinante. Sin embargo, esta formulación no encierra un único sentido, ya sea en el ámbito académico como en el debate político y sus derivaciones periodísticas, se la utiliza con por lo menos dos significados diferentes aunque no incompatibles.

Uno de estos dos significados posibles de la tradicionalización refiere a que el Frente Amplio estaría incorporando características propias de los partidos tradicionales<sup>10</sup>. En este primer sentido, la tradicionalización del Frente Amplio equivale a un acercamiento a los partidos blanco y colorado por la vía de una asimilación de rasgos que antes eran privativos de estos. Como resultado de ello se estaría pareciendo cada vez más a dichos partidos. Esto no necesariamente implica que el acercamiento sea unilateral, que sólo el Frente Amplio cambia en un sentido que lo asimila a las características de los partidos tradicionales. Dentro de la misma forma de entender la tradicionalización de la izquierda, puede considerarse que, al mismo tiempo, blancos y colorados se acercan al Frente Amplio, incorporando algunas de las características que antes eran propias de la izquierda. Como resultado, puede considerarse que se ha producido algo así como una *frente amplización* de blancos y colorados, por la cual estos asumen incluso rasgos ya abandonados por la izquierda<sup>11</sup>. Apreciadas estas transformaciones en su conjunto el sistema de partidos exhibe una tendencia centripeta, en el marco de la cual

---

<sup>9</sup> La tradición no debe ser entendida como el contrario de innovación, en verdad, como veremos, en el caso del Frente Amplio la tradicionalización es en sí misma una innovación, es parte de un proceso de renovación.

<sup>10</sup> En el ámbito de los trabajos académicos que han abordado específicamente el tema de la tradicionalización, este es el sentido que le asigna Rosario Queirolo (1999).

<sup>11</sup> En este sentido, en los últimos años algunos trabajos han dado cuenta de cómo blancos y colorados asimilaron elementos diversos (ya sea rasgos configurativos, diagnósticos, comportamientos, etc.) del Frente Amplio e incluso han hecho procesos inversos al recorrido frente amplista. Por ejemplo, se ha señalado que blancos y colorados *compraron* el ya viejo diagnóstico altamente crítico de la izquierda uruguaya sobre nuestro sistema electoral y sus efectos políticos. Pareja (1992), Pareja (1996), Buquet-Chasquetti-Moraes (1999) y Peixoto (1999) son algunos de los trabajos que sostienen, aportando abundante evidencia, que fue la generalización de este diagnóstico, o sea su adopción por blancos y colorados, la que dio pie a la tesis del bloqueo del sistema político uruguayo como fundamento de la última reforma constitucional. Las relaciones de los partidos con la historia y la tradición son un claro ejemplo de cómo blancos y colorados no sólo asimilan viejas críticas y diagnósticos de la izquierda sino que en algunos aspectos lo hacen aún cuando la propia izquierda ha renunciado a ellos, con el paradójico resultado de que se inician procesos de cambio de signo inverso que no conducen a un punto medio de acercamiento sino que llevan a un nuevo distanciamiento intercambiando las posiciones. Sobre este tema los trabajos de Caetano y Rilla (1995) y Rilla (1999) señalan que los partidos tradicionales muestran síntomas de olvido o abandono de algunas de sus tradiciones históricas, algo así como una *destradicionalización* que se estaría haciendo cargo de las viejas arremetidas antitradicionalistas de una izquierda que ya las ha abandonado hace buen tiempo para encaminarse en un franco proceso de incorporación del tradicionalismo.

sus componentes, los partidos, asumen características comunes en un flujo de asimilaciones recíprocas de rasgos y comportamientos políticos<sup>12</sup>.

El otro significado de la tradicionalización del Frente Amplio se refiere al hecho de que esta fuerza política ha acuñado una tradición política propia, y que la misma se ha incorporado como un elemento constitutivo fundamental de su identidad y de su accionar político. En este segundo sentido, la tradicionalización supone la superación de aquella vieja e inadecuada dicotomía que planteaba, en forma por demás simplificadora, la diferencia demarcatoria de la izquierda y otros agrupamientos menores respecto de blancos y colorados, en términos de *partidos de ideas* versus *partidos tradicionales* (o sea de tradiciones), privando a aquella de los atributos de estas últimas. La izquierda frenteamplista ha acumulado una experiencia histórica en el marco de la cual nació una nueva tradición política, que es además atesorada deliberadamente y expuesta como seña de identidad. El Frente Amplio, se volvió entonces un partido con tradición, y en ese sentido el recorrido a través del cual este fenómeno se ha producido puede describirse en términos de tradicionalización. Esta segunda acepción no es por tanto incompatible con la primera, y bien podría considerarse un aspecto parcial de la misma, puesto que también la tradicionalización entendida en este segundo sentido supone la asimilación de un rasgo antes privativo de blancos y colorados: el de ser partidos fuertemente identificados con tradiciones políticas propias. También en este caso puede registrarse una tendencia global de todo el sistema de partidos aunque de sentido inverso, ya que al tiempo que el Frente Amplio se tradicionaliza, blancos y colorados parecen estar dejando de lado el recurso a la tradición propia como un componente fuerte de su identidad y accionar político.

Entonces, ¿en cuál de los dos sentidos es correcto hablar de tradicionalización del Frente Amplio? Considero que ambos sentidos son en principio pertinentes en tanto, ambos órdenes de factores se verifican en la realidad. Sin embargo, en el primer caso, el uso del término tradicionalización es un recurso literario para dar cuenta de una asimilación de características de los otros dos partidos mayores del sistema que históricamente se han denominado y autodenominado como *partidos tradicionales*. De allí se ha derivado que, si el Frente Amplio en algún sentido se acerca a aquellos, entonces ese acercamiento puede denominarse tradicionalización. Tradicionalizarse sería, en ese sentido, parecerse a los partidos que en Uruguay se conocen como *tradicionales*. Por ello considero más adecuado, a los efectos de una mayor precisión de los términos asignados a fenómenos diversos, hablar en este caso de moderación, reservando el término tradicionalización para la segunda acepción, pues se trata de una tradicionalización propiamente dicha, ya no como recurso del lenguaje sino como referencia a la concreta construcción e incorporación de una tradición política en la

---

<sup>12</sup> Considerando aspectos parciales algunos trabajos analizan este fenómeno de centripetación en el sistema de partidos uruguayo. Dos ejemplos: Romeo Pérez (1994) señala que en la campaña electoral de 1994 se registra una *tendencia centripeta* en las formulaciones programáticas de los tres partidos mayores; Daniel Buquet (1998), analizando los probables efectos de la reforma constitucional de 1997 sobre los partidos, señala por su parte, como un proceso ya en curso que podría verse reforzado por las nuevas reglas, la *convergencia de modelos organizativos* de los tres partidos. En ambos casos el fenómeno es visto como un movimiento que involucra a los tres partidos, y no como el resultado de corrimientos unilaterales de alguno(s) de ellos. Otras facetas de los partidos podrían dar cuenta de esta misma tendencia. Al respecto cabría estudiar si los usos cruzados de elementos de la socialdemocracia y el liberalismo no pueden ser leídos en esta clave de centripetación sistémica.

constitución de la identidad partidaria y de las modalidades de acción política del Frente Amplio. El asunto principal que se estudia en este documento es la tradicionalización en sentido amplio, es decir de lo que más propiamente propongo denominar sencillamente como moderación de la izquierda. En un próximo documento me concentraré en el análisis del problema de las relaciones entre la izquierda y la tradición, o sea de la tradicionalización propiamente dicha.

Este documento pretende ser el primero de una serie de tres dedicados a la renovación de la izquierda uruguaya. En base a la consulta de la bibliografía disponible sobre el tema, la recopilación y estudio de testimonios y de documentación partidaria, y una reducida revisión de prensa, he reunido una base de información, que considero significativa, y en ella se fundamentan las reflexiones que constituyen lo sustancial de mi trabajo. En el primero de estos tres documentos abordo diversas facetas de la moderación del Frente Amplio, considerando el acercamiento del Frente Amplio a los partidos blanco y colorado, a partir del análisis de los cambios en algunos aspectos concretos tales como ideología, programa, organización y convocatoria<sup>13</sup>.

Un segundo documento estará dedicado al estudio de lo que denomino tradicionalización en sentido estricto o propiamente dicha, aquella que refiere a los cambios en la relación de la izquierda con la tradición política<sup>14</sup>. Asimismo plantearé y sostendré entonces, la hipótesis según la cual moderación y tradicionalización son dos caras de una misma moneda, constituyen una combinación virtuosa que es una de las claves del exitoso camino de renovación y crecimiento experimentado por el Frente Amplio a lo largo de estos años.

Finalmente, en un tercer documento, abordaré otra faceta de la renovación que considero particularmente relevante y en la que se concentran a mi entender los mayores déficit de la misma: la relación de la izquierda con las cuestiones del gobierno, la democracia y las instituciones políticas. Asimismo incluiré en ese último documento, un resumen de los resultados obtenidos, y un esbozo de las cuestiones que entiendo quedan pendientes de estudio o profundización futura en la perspectiva de continuar el seguimiento de la evolución de los cambios de la izquierda en el sistema político uruguayo.

### **Renovación ideológica**

En lo que tiene que ver con los referentes ideológicos de la izquierda uruguaya, la observación del itinerario posterior a la recuperación democrática de 1985 y su comparación

<sup>13</sup> En ese registro de cambios de la izquierda uruguaya, Jorge Lanzaro (1996), en un trabajo que teniendo ya algunos años de redactado lamentablemente aún permanece inédito, ha avanzado en el estudio de varios de los aspectos parciales que aquí propongo indagar. También Javier Gallardo (1995) ha revisado varias de estas cuestiones. E ambos casos se trata de trabajos que, desde enfoques y planteamientos politológicos, incorporan una mirada histórica al estudio de la izquierda uruguaya, razón por lo cual se ubican en una perspectiva similar a la que aquí se propone.

<sup>14</sup> Al centrarse en este asunto de las relaciones izquierda-tradición, este trabajo retoma el camino abierto por Gerardo Caetano y José Rilla (1995). A partir de una misma preocupación (que la sugestiva frase que encabeza dicho trabajo - *a la búsqueda de una historia perdida* - sintetiza cabalmente) aquí se transitan algunas de las pistas de investigación allí sugeridas y se bosquejan otras.

con la peripetia anterior a 1973, revela que se han producido cambios en dos sentidos que denominaré como intensidad y extensión ideológica. Por intensidad entiendo el grado de definición ideológica, la *fuerza* con que se adhiere a una determinada ideología. En un sentido similar Giovanni Sartori (1992, 159) definió la intensidad ideológica como *la temperatura o el afecto de un contexto ideológico dado*, aunque en su caso al aludir al contexto se estaba refiriendo no a un actor político en concreto como lo hago aquí sino a todo un sistema. Al adoptar la expresión quiero aludir al hecho de que las definiciones ideológicas de los grupos de izquierda eran en general muy precisas y concretas en cuanto a su identificación con una determinada corriente de pensamiento. Esta acotada definición ideológica era una verdadera carta de legitimidad para los diversos grupos que operaban al interior de la izquierda. Cada organización política tenía en su *etiqueta* ideológica (*marxista, leninista, maoísta, trotskista, etc.*) una importante señal de su identidad. En la medida en que este fenómeno se traducía en la adopción de definiciones teóricas precisas, restringidas, más o menos compactas, que eran incluso defendidas en términos de *pureza* ideológica, es que creo apropiado hablar de una elevada *intensidad ideológica*.<sup>15</sup>

En los años transcurridos desde el retorno a la democracia, la izquierda ha mostrado una creciente amplitud y flexibilidad en la composición de su marco ideológico. La *extensión ideológica*, entendida como la amplitud de componentes diversos que integran un universo de ideas, se ensancha. Esto ocurre simultáneamente con el descenso de la intensidad de los apegos a ciertas escuelas ideológicas estrictamente acotadas. Los grupos de izquierda, ahora devenidos fracciones del partido frenteamplista, se muestran más propensos a adoptar definiciones amplias, abiertas a la incorporación de diversos aportes provenientes de las diferentes corrientes del pensamiento de izquierda. En todo caso, predominan las definiciones abiertas como *socialista* (más que *marxista*) o aún más extensas y difusas como *progresista*. Además se generaliza la admisión de la posibilidad de albergar y dar cabida dentro de las definiciones ideológicas de cada grupo a los *mejores aportes* de las diversas vertientes del pensamiento de izquierda, aún cuando provengan de corrientes que han estado históricamente enfrentadas.

En 1991, cuando el Partido Comunista del Uruguay (PCU) se encontraba en una situación de crisis interna que culminaría en la ruptura al año siguiente, Esteban Valenti (uno de los dirigentes más notorios del sector que, liderado por Jaime Pérez por entonces Secretario General del PCU promovía la renovación del comunismo uruguayo) hizo las siguientes afirmaciones que son bien ilustrativas de este cambio: "No se trata de que hay que sustituir las verdades infinitas por la duda cartesiana, no. Hay que sustituirlas por el método

<sup>15</sup> Aquí como en otras partes del trabajo, las observaciones y la reflexión se mueven en un plano de generalidad, al considerar a la izquierda como conjunto más o menos homogéneo, haciendo a un lado, a los efectos del análisis, la diversidad interna. Esta generalidad tiene sus costos derivados precisamente de una percepción limitada de una realidad que en verdad era mucho más rica, tratándose de un sujeto que no era monolíticamente compacto. En el caso de la ideología, muchas de las afirmaciones que aquí hago deben considerarse relativas, hasta conocer esa diversidad dejada explícitamente de lado por el momento. Buena parte del análisis se centra en la izquierda socialista y en el pensamiento marxista cuando es obvio que la izquierda uruguayana no se agotaba ni se agota allí. Esta es una opción deliberada y provisoria que parcializa las conclusiones a que se puedan llegar. Sin embargo, la pertinencia de dicha opción deriva del supuesto de que efectivamente la izquierda socialista de inspiración más o menos marxista tenía un peso ideológico decisivo que terminaba involucrando en diversos grados al resto del conjunto en una matriz predominante de pensamiento.

crítico y por la búsqueda de aproximaciones, tanto en el plano filosófico como en el plano político ... Claro yo te diría marxista, y en lo que el marxismo no tenga respuestas apelando a otros bagajes teóricos. No me cerraría ...". (Harnecker 1991 III: 17)

En los últimos años el grado de apertura ideológica y admisibilidad de elementos diversos se ha extendido incluso hacia aportes que vienen de fuera del pensamiento socialista o de izquierda. Se hace cada vez más frecuente el reconocimiento de la conveniencia de incorporar algunos elementos del otrora enemigo doctrinario mayor del socialismo, el liberalismo, incluso en su versión económica. En este sentido se puede decir que la izquierda se aproxima a una suerte de *ecumenismo* ideológico en torno a la matriz socialista originaria. La continuidad de esta matriz se renueva a través de una mayor inclusividad de elementos tomados de otras corrientes de pensamiento. Hay aquí un problema a estudiar en su evolución futura y refiere al tipo y al estadio del ensamble de esos elementos incorporados: ¿se trata de una mera reunión ecléctica de elementos diversos o de una verdadera integración sincrética de los mismos?. Parecería que, dado lo reciente e inconcluso de este proceso de apertura ideológica, prima el carácter ecléctico que podrá o no dar paso de futuro a una síntesis novedosa.<sup>16</sup>

Hace algunos años, Enrique Rubio (dirigente y actual senador de la Vertiente Artiguista del Frente Amplio, por entonces diputado), reconocía en los siguientes términos la envergadura de esta transformación: "... el problema del confesionalismo partidario, del partido que define una teoría y que la convierte en parte del programa partidario, y que después, si la teoría tiene eslabones que no le funcionan, no sabe cómo salir de ese corsé ... Creo que vamos abiertamente hacia una izquierda que descarta este tipo de planteo. Vamos a un esquema de partido laico, lo cual no significa ajeno al campo ideológico. Pero creo que vamos abiertamente desde este punto de vista a otro modelo, a otras relaciones entre partido, teoría e ideología...". (Harnecker 1991 III: 71)

Como efecto del simultáneo proceso de reducción de la intensidad ideológica y de ampliación de la extensión ideológica, el Frente Amplio se reubica en el espectro ideológico de nuestro sistema de partidos. Al matizar algunas de sus aristas pasadas (menor intensidad) y combinar aportes de dentro y de fuera del pensamiento de izquierda (mayor extensión), la izquierda reduce la *distancia ideológica* que le separaba de los partidos tradicionales. Sartori (1992, 159) entiende por distancia ideológica *el ámbito general del espectro ideológico de cualquier comunidad política dada*, o sea qué tan grande es la distancia entre los dos extremos del espectro ideológico del sistema, de donde deriva dos posibilidades: que exista polarización (cuando la distancia es mayor) o moderación (cuando la distancia menor). Aunque esto sólo

---

<sup>16</sup> La consideración de algunos puntos concretos, que en su mayoría no trato aquí específicamente, tales como la relación de la izquierda con el liberalismo, con el socialismo y con la teoría democrática, o las concepciones acerca de ciertos temas como papel del mercado, el valor de las instituciones políticas, el rol de las organizaciones sociales en el sistema político entre otros, permitirá evaluar más afinadamente este cambio en la extensión ideológica de la izquierda, y registrar también cuánto de continuidad y cuánto de novedad hay en esta materia. Alguna de estas cuestiones (democracia e instituciones) será tratada en forma específica en el tercer documento de esta serie, las demás quedarán como parte de un programa de investigación futura que dejaré delineado en el resumen final que incluiré en el mismo.

puede confirmarse efectivamente mediante un relevamiento empírico cuantitativo<sup>17</sup>, puede señalarse que de los dos fenómenos señalados ha resultado un acortamiento de la distancia que separaba a la izquierda respecto a los partidos tradicionales, o sea que el pluralismo uruguayo se ha moderado por efecto de la renovación ideológica de la izquierda.<sup>18</sup>

Las razones que han llevado a este cambio no pueden reducirse, como suele hacerse, al impacto de la *perestroika* soviética (1985-1991) y de la crisis y caída del socialismo real (1989-1991). En verdad, desde los años de la salida de la dictadura militar, cuando la izquierda comenzaba su reorganización y reaparición pública, se pudieron ver síntomas de apertura ideológica. Por tanto, los referidos episodios del contexto internacional más que iniciar este proceso de renovación ideológica, le dieron un fuerte impulso, pero sobre un fenómeno cuyo origen es anterior. Incluso este puede rastrearse en el período predictatorial, especialmente en la década del sesenta, cuando desde diversos agrupamientos de la izquierda no comunista<sup>19</sup> se desarrolló una visión crítica del *socialismo real* y de la versión del marxismo que desde allí se promovía<sup>20</sup>. Luego, la experiencia dictatorial llevó a la izquierda a replantearse, entre otras cosas, su marco de referencias ideológicas. Con la reapertura democrática este proceso de introspección y revisión ideológica se amplificó al amparo de las nuevas condiciones que permitían el debate público, el rearmado de las estructuras orgánicas, el reencuentro de militantes dispersos y desconectados por más de una década.

En este escenario de debate y revisión vino a sumarse la fuerte influencia de la *perestroika* soviética y la posterior crisis y caída del régimen comunista en los países europeo-orientales y en la propia Unión Soviética. El efecto de estos fenómenos internacionales no es fácil de medir pero sin dudas fue determinante para el curso de la renovación ideológica de la izquierda en general y en particular afectó fuertemente, al punto de llevarlo a una importante disgregación, al PCU, por entonces la mayor organización dentro de la izquierda y la que había obtenido el mayor apoyo electoral dentro del Frente Amplio en la elección nacional de 1989. A partir de estas consideraciones es que afirmo que estos fenómenos del contexto internacional tuvieron un efecto de amplificación de la discusión y redefinición, entre otras cosas, de los marcos ideológicos de la izquierda, pero no constituyen la única variable explicativa, sino que aceleran y profundizan tendencias ya desatadas.

<sup>17</sup> Luis Eduardo González, apoyándose en los postulados de Sartori, hizo una medición de distancia ideológica para las elecciones de 1984 en base a una encuesta de élites y de votantes según el criterio de autoidentificación ideológica de los encuestados. Su conclusión fue que hacia 1984 “en términos ideológicos ... Uruguay tiene un sistema de partidos relativamente polarizado”. Comparando con una estimación de la polarización hacia 1971, González concluye que “de 1971 a 1984 la polarización decreció” (Gonzalez 1993: 169-171). La hipótesis de la reducción de la distancia ideológica por efecto de la renovación de la izquierda, requeriría comparar estos datos con similares para las tres elecciones siguientes.

<sup>18</sup> Un estudio dirigido a los partidos tradicionales podrá indicar si también estos contribuyen a la moderación. Teóricamente también podría mostrarnos lo contrario si resultare que la renovación de la izquierda se viera neutralizada por la radicalización de aquellos, lo cual parece bastante distante de la realidad.

<sup>19</sup> Por ejemplo, con respecto a la apertura ideológica, puede considerarse como antecedente temprano, entre otros, el caso del variopinto mapa de referencias ideológicas del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), cuya excepcionalidad en el concierto de la izquierda uruguayo contemporánea se visualiza en este y en otros temas. Contradiendo la errónea pero frecuente tendencia a identificar intensidad ideológica con radicalismo o *ultrismo*, en verdad el grupo más radical de la izquierda uruguayo de los 60 fue pionero en materia de apertura y admisibilidad de variantes teóricas diversas.

<sup>20</sup> Puede verse un tratamiento sistemático de las relaciones y visiones de la izquierda uruguayo respecto del socialismo real en Caetano y Rilla (1991).

Otro cambio relativo al universo teórico e ideológico de la izquierda tiene que ver con las relaciones entre ideología, ciencia y verdad. A mi entender, algunas facetas de su renovación ideológica, permiten señalar el abandono de la pretensión científicista con que la izquierda asumía y promovía sus presupuestos teóricos. En esto la izquierda socialista uruguaya no era ninguna excepción. Para ubicar el origen del problema es necesario abandonar momentáneamente el caso nacional y pasar a una apreciación universal. El marxismo y el socialismo en general se concebían como ciencia y además esta ciencia era sinónimo de verdad. Esta concepción recogía la herencia de las raíces decimonónicas, cuando bajo el predominio del ideal positivista, se había instalado la convicción de que, de la mano del avance del conocimiento científico que revelaba la verdad, la humanidad caminaría inexorablemente por la senda del progreso ininterrumpido hacia niveles cada vez mayores de felicidad. El marxismo, creación y producto del siglo XIX, no rompió con este enfoque. Por el contrario, nació de él, lo asumió y proyectó. Sus fundadores se proclamaron *socialistas científicos*, aplicadores del método de la ciencia al estudio de la sociedad, a partir del que los hombres descubrirían la verdad bajo la forma de leyes sociales.<sup>21</sup>

La evolución posterior del marxismo confirmará y aún extremará este científicismo. Originario de la segunda mitad del siglo XIX, cuando en la cultura europea occidental predominaba la visión optimista acerca futuro del mundo y la humanidad, demostró ser un hijo fiel de ese ambiente que tenía en la idea del progreso su señal distintiva, y de ella fue portador. El optimismo se quebraría con la *gran guerra* (1914-18) dando lugar en la década del 20 a un clima de pesimismo e incertidumbre generalizada. Sin embargo, esta vez el marxismo escapó al clima cultural de la época y siguió atado firmemente a la asociación ciencia-progreso, al tiempo que se postulaba a sí mismo como pensamiento científico no ideológico (entendida la ideología como falsa conciencia o como distorsión de la realidad). Esa autopostulación jugaba además en dos sentidos: como acreditación de pensamiento verdadero y como elemento autorizante del proyecto político del que era portador. El pensamiento marxista que inspiró al movimiento comunista ligó desde el principio ambas claves, volviéndolo una corriente política que, por fundarse en la verdad científica, podía desautorizar a los adversarios al tiempo que se legitimaba o autorizaba a sí misma. Así fue que la pretensión científicista llevada al campo político llevó la intolerancia dentro y fuera del movimiento.

El enfoque científicista originario fue radicalizado por el leninismo y absolutizado con el estalinismo hasta extremos de dogmatismo que hoy resultan rechinantes cuando no graciosos. De la ciencia como camino a la verdad se llegó a la existencia de una única verdad que una vez descubierta era incuestionable. El problema prioritario era entonces descubrirla, como fuera, con procedimientos y resultados que acabaron siendo, por cierto, nada científicos. Un episodio relatado por Héctor Rodríguez (dirigente sindical del gremio de obreros textiles y también dirigente y diputado del PCU hasta 1955 cuando fue expulsado) da cuenta del tenor de estos extremos: "... 1948 más o menos siendo yo Secretario de Propaganda del Partido me

---

<sup>21</sup> Si bien el ideal de progreso del siglo XIX explica el clima cultural en el que nació y del que estaba impregnado el marxismo originario, en verdad el científicismo encuentra su fuente en el racionalismo de la Ilustración dieciochesca. En este sentido, Leszek Kolakowsky ha señalado que "el motivo racionalista y determinista heredado de la Ilustración" es uno de los tres temas y fuentes fundamentales del marxismo, aquel en el que Marx puso más acento en sus obras a partir de la década del 60 del siglo XIX (Kolakowsky 1985: 412-413).

llegó uno de los pocos ejemplares con aquellas extravagantes resoluciones de las que estaban orgullosos ... El famoso Congreso de Biología (el texto de sus debates y resoluciones puede servir para reír o más bien para llorar) en el que Lisenko preguntó quién había visto los genes. De dónde había salido eso que nadie había visto ... Hay cuatro o cinco tipos que son verdaderos héroes: se fajan en contra de Lisenko en aquella discusión ... Hasta que pide la palabra Lisenko y dice: ¡Camaradas! Acabo de recibir el siguiente mensaje del Comité Central. En dicho mensaje Stalin le daba la razón y, por lo tanto, se acabó la discusión entre los abrazos emocionados de los ganadores, la música ensordecedora de los altoparlantes y las consignas revolucionarias coreadas hasta enronquecer. La agricultura soviética quedó sumida en un atraso que es fácil imaginar". (Fernández Huidobro 1996: 230-231) <sup>22</sup>

Al final del camino, lo que había comenzado como una corriente dentro del pensamiento socialista del siglo XIX acabó siendo presentado como la única teoría científica y, en tanto tal, como la única fuente de la verdad y, por tanto, única teoría capaz de orientar al movimiento socialista hacia la superación del capitalismo. El marxismo se proclamó ciencia, y como la ciencia era verdad, el marxismo era la verdad. He aquí entonces el trasfondo epistemológico profundo, que podríamos llevar aún más atrás hasta la Ilustración, de este asunto de la historia política contemporánea. Es cierto que lo que acabo de describir era el extremo, en su versión estalinista más ortodoxa, de esta formulación del socialismo. También es cierto que, con matices, esta era una visión predominante en buena parte de la izquierda a escala universal. A esto no escapaba la izquierda uruguaya, comunista o no.

El abordaje actual de los asuntos teóricos e ideológicos en la izquierda uruguaya presenta novedades en relación al enfoque anteriormente explicitado. La pretensión científicista ha sido en general abandonada. La izquierda ya no asume su marco teórico como revelación de verdad científica. Los referentes teóricos de la izquierda, que como ya vimos son menos restrictivos que otrora, parecen funcionar más como un conjunto de proposiciones valorativas que facilitan posibles, no únicas, aproximaciones a una verdad que se percibe mucho más multifacética de como se la solía ver. Las referencias al marxismo como ciencia han desaparecido del lenguaje de la mayoría de los componentes de la izquierda. Este cambio está vinculado al ya señalado de la mayor inclusividad del marco teórico. Si el marxismo no es la verdad, sino un camino de aproximación a la verdad, entonces hay otras corrientes de pensamiento que transitan otros caminos de acercamiento a la verdad y por tanto sus aportes pueden incorporarse al marco de referencias propio de la izquierda política.

La izquierda uruguaya no es una originalidad en este sentido. Se trata de un viraje de época, que conmueve a la izquierda y a las fuerzas socialistas en el mundo entero. La crisis del marxismo y la caída del socialismo real, indudablemente tienen que ver en la explicación de este fenómeno pero, una vez más, no parece ser éste el motor originario del mismo. Más bien, vino a operar sobre un proceso ya en curso ligado a los aprendizajes obligados que impuso la traumática experiencia autoritaria y a las revisiones amplificadas en el marco de la restauración democrática. Tal vez por ello no ha habido sustitución del fundamento ideológico anterior: el marxismo no ha desaparecido del marco teórico de la izquierda uruguaya, sino que ha habido incorporación no excluyente, complementación de otros aportes sobre la base de la

---

<sup>22</sup> He alterado levemente el orden de las frases para hacer más claro el testimonio.

matriz marxista originaria que, a su vez, es concebida desde una renovada mirada menos dogmática, restrictiva y triunfalista, más crítica, abierta y relativista.

En este marco comenzó a aceptarse y utilizarse corrientemente el término *utopía*, antes despreciado fuertemente como el extremo opuesto de la *ciencia*. El marxismo, en general el socialismo, son crecientemente concebidos como horizontes utópicos más que como recetas para la construcción de una nueva sociedad. Veamos al respecto un par de declaraciones de dirigentes frenteamplistas sobre este asunto. Para Reinaldo Gargano (por entonces Secretario General del Partido Socialista del Uruguay PSU, senador desde 1985 a hoy) "... la utopía siempre será la misma: la igualdad, la solidaridad entre los hombres, la democracia, la libertad, la resolución de las desigualdades sociales. La utopía es sólo avanzar hacia ella misma ...". Por su parte, para Mariano Arana (dirigente de la VA, senador entre 1990 y 1995 e Intendente de Montevideo desde 1995) "La primera utopía ... es la utopía de la democracia como proyecto humano integral ... Para mí ser de izquierda, ser hombre progresista, es una forma de asegurar el pleno respeto a la persona ..." <sup>23</sup>. La utopía entró en el vocabulario de la izquierda desde una apreciación positiva como conjunto de valores y principios que marcan un horizonte al que se pretende llegar, en sustitución de las certezas paradigmáticas anteriores que pautaban estrictamente objetivos y caminos hacia la meta soñada. De esa forma, fue ganando terreno la concepción de la izquierda como postura ética, identificada con la defensa de algunos principios básicos, más que como traducción política de una escuela ideológica concreta.

### Reformulación programática <sup>24</sup>

La importancia asignada al *programa* <sup>25</sup> ha sido una verdadera tradición de la izquierda uruguaya. Por mucho tiempo esta se percibió y presentó a sí misma como *fuera programática*, al tiempo que cuestionaba a blancos y colorados por un supuesto vacío en la

<sup>23</sup> Estas dos y otras opiniones de dirigentes frenteamplistas sobre el incorporación del componente utópico en el pensamiento de la izquierda uruguaya y su relación con el paradigma socialista pueden consultarse en Germán Wettstein (1993 I: 41-61).

<sup>24</sup> En la redacción de este punto me han sido especialmente útiles, además de las de José Rilla que lo fueron para todo el trabajo, algunas ideas aportadas por Adolfo Garcé con quien hemos compartido la tarea de reconstruir y analizar el itinerario programático del Frente Amplio. Los resultados de ese emprendimiento conjunto quedaron en su momento presentados en Garcé y Yaffé (1999).

<sup>25</sup> Al hablar del *programa* puede entenderse a este en diversos sentidos. Concretado como texto y discurso adquiere el formato de documento. Este es un sentido, el más estricto y restrictivo de los posibles. Pero el programa en un sentido más profundo escapa al *documento programático* y refiere al fundamento mismo del accionar político, a sus inspiraciones e intenciones. En este segundo sentido, lo programático se toca con lo ideológico, con el campo de las ideas que están detrás de la acción política. Finalmente, puede entenderse al programa en una dimensión coyuntural, como oferta política para la competencia electoral. Se trata del programa como *plataforma electoral*, una selección de elementos del programa ideológico y del programa documento que incorpora otros propios del momento electoral. En este trabajo, se aborda la cuestión programática en el primer sentido. Ello no responde a ninguna clase de asignación fundada de relevancias entre los tres modos posibles de acercarse a su estudio, sino a simples razones prácticas referidas a la accesibilidad y ventajas del trabajo con el programa documento, donde se condensa en forma de texto lo que la fuerza política considera *su programa*. De cualquier forma, deben tenerse presentes las posibilidades que abre el estudio del programa en los otros dos sentidos. El que aquí se desarrolla debe entenderse como un avance por el terreno documental que podrá completarse con una incursión en las otras dimensiones señaladas.

materia. Este cultivado perfil programático de la izquierda se relaciona también, además del lugar privilegiado otorgado a las formulaciones de ese carácter, con la significación atribuida al proceso mismo de su elaboración y sanción en instancias orgánicas relevantes y a su plasmado en forma de documento que, a partir de esa *unción* se vuelve un instrumento político altamente valorado. De ahí que la *unidad programática* fuera uno de los asuntos centrales que la izquierda debió afrontar y resolver para concretar su unidad orgánica en 1971. Por ello es que la cuestión programática se torna un aspecto relevante del estudio de la trayectoria del Frente Amplio. Veamos cuál ha sido el itinerario del programa frenteamplista, estudiándolo a través de sus documentos programáticos.<sup>26</sup>

El itinerario de la cuestión programática a lo largo de la historia del Frente Amplio, especialmente desde 1984 a la actualidad, puede rastrearse a través de una documentación partidaria tan abultada que, a la hora de estudiarla, impone una selección. El objeto de este apartado es registrar las permanencias y los cambios en las formulaciones programáticas de la izquierda uruguaya. Para ello, partiendo del programa fundacional del Frente Amplio de 1971, se señalan las líneas principales de la renovación programática de 1984 y se registran los cursos fundamentales de la discusión y elaboración programática desde entonces. Importa identificar no sólo las definiciones que se plasman en los documentos acabados y aprobados sino también la discusión interna a que da lugar su proceso de elaboración y aprobación.

El primer programa del FA, su programa fundacional, está contenido en el documento *Bases programáticas de la unidad* (5/2/71), que reunía un conjunto de definiciones fundamentales, y se completaba con un documento de intención más específica titulado *Treinta primeras medidas de gobierno*. Esta primera formulación fue revisada y modificada a la salida de la dictadura para las elecciones de 1984, aprobándose unas nuevas *Bases programáticas de la unidad* (9/8/84). Las bases de 1984 fueron luego actualizadas y modificadas en diversas instancias que se reseñan a continuación, introduciéndose nuevos elementos o modificando otros.

En su *primer congreso ordinario* (3-6/12/87) el Frente Amplio aprobó sus *grandes líneas de acción política*, documento de contenido programático que no presenta novedades respecto a las bases de 1984. Para las elecciones de 1989, el Plenario Nacional del FA aprobó una *plataforma electoral* (junio de 1989), documento que integró las bases de 1984 con los posteriores avances de la discusión y elaboración programática sin introducir modificaciones relevantes. El *segundo congreso ordinario* del FA (julio de 1991) aprobó unas nuevas *grandes líneas de acción política*, síntesis de una discusión que alcanzó estado público<sup>27</sup>. El *segundo*

<sup>26</sup> Estudiar el programa a través de la documentación partidaria tiene sus riesgos y obliga a tomar precauciones o por lo menos relativizar los resultados. Quedar "pegado" a lo que un partido dice de sí mismo es problemático. Vale por lo que de revelador de la autopercepción tiene, pero desde el punto de vista del analista no alcanza, hay que poner en marcha mecanismos de decodificación y contextualización del discurso del actor. Hay que poner atención no sólo a lo que dice sino también a lo que no dice, que puede indicar deliberado ocultamiento de aspectos inconvenientes o devaluación, a veces ignorancia, de los aspectos obviados. Por tanto, el análisis aquí presentado corre con esos riesgos y limitaciones.

<sup>27</sup> En el marco de dicha discusión, tomó estado público unos días antes del inicio del congreso del Frente Amplio, a través del diario montevideano *La República* (5/7/91), el *documento de los 24*. En este, bajo el título *Más allá del desaliento hay un país que nace*, varios dirigentes e intelectuales vinculados al Frente Amplio planteaban la necesidad de una renovación de la izquierda con marcado énfasis en lo programático.

*congreso extraordinario* del FA (1-3/7/94) aprobó una nueva *plataforma electoral y plan de gobierno del FA*. puesta al día y adaptación electoral de las *bases programáticas* luego de un interesante proceso de discusión interna que reveló la existencia de diferencias importantes respecto a algunos puntos del programa económico. El *tercer congreso ordinario* del FA (20-22/12/96) aprobó unas nuevas *grandes líneas de acción política*, documento programático actualizado. Finalmente, el *tercer congreso extraordinario* del FA (20-22/11/98) aprobó las actuales *grandes líneas programáticas*, que están en la base del programa de gobierno presentado por el Encuentro Progresista – Frente Amplio para las elecciones de 1999 que se denominó *el otro programa*.

La izquierda transitó desde el consenso de 1971<sup>28</sup>, construido a partir del programa emanado del *Congreso del Pueblo* (1965) y plasmado en las primeras *bases*, a las discusiones y polémicas de los ochenta y noventa, centradas en ciertos puntos del programa económico (deuda externa, reforma agraria, estatización de la banca, sistema jubilatorio, etc.). Acaso pueda verse en este tránsito del consenso al acuerdo en la diversidad una cierta aproximación a la modalidad con que han procesado la cuestión los partidos tradicionales, cuyos programas partidarios, cuando existen en tanto tales, han sido siempre fruto de ajustes entre los programas de sus fracciones. En todo caso, este hecho señala la conveniencia de prestar atención no sólo al programa “oficial” frenteamplista que expresan sus documentos aprobados, sino también a los matices y discusiones internas. A través de estas se pueden identificar las tensiones transformadoras, así como las resistencias que despiertan.

Los documentos que aquí se analizan son: las *Bases Programáticas de la Unidad* de 1971, el programa fundacional, estableciendo así el punto de partida; las *Bases Programáticas de la Unidad* actualizadas en 1984, registrando los cambios que se producen a la salida de la dictadura respecto al programa fundacional; y, finalmente, el *documento preparatorio* del *segundo congreso extraordinario* del Frente Amplio (1994). Este último documento, al exponer las diferentes opiniones existentes, es revelador de los puntos fundamentales de la polémica interna que se desarrolló ese año. Ese fue el momento en que la redefinición del programa generó la discusión más intensa e interesante de todo el período analizado. Si bien en otras ocasiones (como la mencionada de 1991) la cuestión programática generó discusiones que enfrentaron a diversas posiciones, el congreso de 1994 fue la instancia en que las diferencias internas alcanzaron mayor grado de explicitación y produjeron un debate más amplio. Por ello opté por analizar no el documento final emanado del congreso sino el documento preparatorio que sirvió como base de la discusión previa ya que en este se explicitan los puntos de desacuerdo y las diversas posiciones que se sometían a la consideración del congreso.

---

<sup>28</sup> Si bien las bases del 71 nacieron en un ambiente general de consenso esto no debe inducirnos a la creencia de que ese consenso haya sido un resultado espontáneo del encuentro programático de las fuerzas fundadoras del Frente Amplio. En verdad, fue el producto de un proceso de negociaciones que debió sortear algunas dificultades importantes originadas en desencuentros entre algunos de aquellos grupos. De acuerdo a testimonios que he relevado las diferencias surgidas entre el PCU y el PDC impidieron en aquel momento ir más allá de las *30 medidas* como programa inmediato de gobierno. Hay aquí una línea interesante de investigación para profundizar en otra instancia, que debiera comenzar por recuperar los testimonios de los protagonistas de aquellas negociaciones.

La elección del documento programático de 1994 responde además a otra razón que merece explicitarse aunque para ello deba adelantarse una conclusión que surge del análisis del itinerario programático del Frente Amplio entre 1971 y 1999. El de 1994 constituye el punto de inflexión más importante en la renovación programática, no tanto por lo que finalmente se aprobó, sino por la discusión interna que generó poniendo sobre el tapete los puntos clave de la renovación. Tomando como punto de partida el programa fundacional de 1971, las versiones revisadas de 1984 y 1989 no introdujeron modificaciones relevantes. En lo sustancial, se trata de un programa centrado en estructurales transformaciones económicas y sociales.

Frente a esta tónica persistente entre 1971 y 1989, el programa de 1994 muestra dos novedades importantes: primero, una matización de algunas de las aristas del programa de *cambios estructurales*; segundo, un debate interno importante (retomando el insinuado en 1991) que, si bien no produjo innovaciones demasiado relevantes en las resoluciones finales, dejó la cancha marcada y trazó las que serían líneas fundamentales de la renovación programática. Estas se verán concretadas en el programa del Encuentro Progresista de ese mismo año 1994 y en los programas del Frente Amplio de 1998 y del Encuentro Progresista – Frente Amplio de 1999, confirmando una clara tendencia a la moderación. Estas afirmaciones, que adelanto para justificar la selección documental, se fundamentan en el análisis que de cada programa se hace a continuación.

Tres son entonces las estaciones del itinerario programático del Frente Amplio en los que me detengo con el objeto de identificar la permanencia y el cambio, los momentos de confirmación y, sobre todo, los puntos de inflexión: 1971, 1984, 1994.

Las *Bases Programáticas de la Unidad* de 1971 se dividen en cinco capítulos titulados de la siguiente manera: 1) libertades, derechos y garantías, 2) política internacional, 3) reforma de la estructura económica y social, 4) política social y educativa y 5) política institucional.

El primer capítulo (libertades, derechos y garantías) tiene un carácter claramente coyuntural. Luego de reclamar la vigencia de los derechos constitucionales pasa a enumerar una serie de medidas relativas a la represión política del momento: restitución de funcionarios destituidos, amnistía a presos políticos, cese de la censura y clausura de medios de prensa, levantamiento de la intervención de la enseñanza secundaria, etc.

El segundo capítulo (política internacional) formula algunos principios de política exterior: defensa de la soberanía nacional, la no intervención y la autodeterminación, política exterior independiente, relaciones con todos los países, solidaridad con los pueblos en lucha por su independencia, latinoamericanismo, reafirmación del derecho de asilo. En cuanto a las relaciones económicas con el exterior se plantea: conducción de la política económica internacional con independencia, de acuerdo al interés nacional (rechazo a la injerencia del FMI y otros organismos internacionales), negociación de la reconversión de la deuda externa aplazando pagos y mejorando condiciones, obligar a las empresas extranjeras a reinvertir sus utilidades en el país, restricciones a la emigración de capitales y relacionamiento comercial con todos los países del mundo.

El tercer capítulo (reforma de la estructura económica y social) es el más extenso. Incluye diez puntos. El primero postula la "planificación nacional independiente de la economía, con objetivos sociales" instituyendo para ello un "organismo para dirigir la planificación donde participen los sindicatos obreros, los productores, los técnicos y los representantes del poder político". Propone además la expansión del patrimonio comercial e industrial del estado mediante una política de nacionalizaciones. En segundo lugar, una reforma agraria que redistribuya la tierra eliminando el latifundio y apoyando técnica, educativa y crediticiamente a los pequeños y medianos productores favorecidos por la misma. En tercer lugar, se postula una "vigorosa política de industrialización" que aumente el empleo en el sector y procese al máximo posible las materias primas nacionales. Asimismo esta industrialización deberá complementarse con el desarrollo y coordinación del sistema de transporte de carga y pasajeros. En el cuarto punto se propone la "nacionalización de la banca" y de los "grandes monopolios que controlan el comercio exterior". En quinto lugar, hace mención al fomento del cooperativismo, como instrumento adecuado para contribuir al desarrollo económico-social tanto en las áreas industrial y agropecuaria como en el consumo y los servicios. En sexto lugar, se propone una política demográfica que, mediante el estímulo de la natalidad y el combate de la emigración, "proporcione al país el contingente humano indispensable para su desarrollo". En el décimo y último ítem de este capítulo se hace referencia a la "reforma radical del régimen tributario" gravando las grandes fortunas, el capital improductivo y los vicios sociales, y reduciendo los impuestos al consumo.

El cuarto capítulo (política social y educativa) incluye tres subpuntos. En el primero, se propone redefinir la política de salarios públicos y privados con participación de los interesados. En el segundo, se hace referencia a un conjunto de políticas sociales de las que se resaltan como prioritarias: integración del Directorio del Banco de Previsión Social con representantes sociales, establecimiento de un Seguro Nacional de Salud, plan de viviendas populares y creación de casas-cuna y guarderías infantiles. En el tercero, se postula una "reforma democrática de la enseñanza" que incluya: extensión a toda la población, erradicación de toda forma de penetración imperialista, salvaguardia de la autonomía, incorporación de docentes a los consejos de cada rama, apoyo al esfuerzo universitario en la creación y difusión del conocimiento.

El quinto y último capítulo (política institucional) se refiere al sistema democrático y al funcionamiento del Estado resumidas, incluyendo seis puntos. En el primero se postula el "funcionamiento integral de la democracia con pluralidad de partidos políticos" reclamándose al mismo tiempo la reforma del régimen electoral para garantizar el respeto a la voluntad de los electores y la promoción del control ciudadano a través de los recursos plebiscitarios. En segundo lugar, se proclama la "ampliación de la autonomía administrativa, política y financiera de los municipios y organismos locales" proponiéndose una serie de medidas concretas para lograr tal fin. En tercer lugar, se propone la instrumentación de mecanismos legales que impidan el aprovechamiento personal del desempeño de cargos públicos. En cuarto lugar se plantea la necesidad de una "reforma administrativa" que comprenda la política de ingresos, la promoción y coparticipación de los funcionarios públicos, así como la modernización de los servicios estatales. En quinto lugar, se hace mención al reintegro de la Policía a sus funciones civiles. Y en sexto y último lugar se enuncia que las Fuerzas Armadas deben limitarse al cumplimiento de sus funciones específicas propendiendo al más alto grado

de perfeccionamiento profesional y ético, al mismo tiempo que se integre sus accionar en el "proceso de liberación nacional y desarrollo".

Veamos ahora el programa de la izquierda luego de la actualización de estas *bases* en 1984 a la salida de la dictadura. Dado que lo que interesa a los efectos de este trabajo es señalar si esa renovación supuso una revisión del programa fundacional de 1971 y, en tal caso, cuáles fueron los cambios realizados, no se hará un detalle del documento como en el caso anterior, sino una reseña de las novedades que surgen al compararlos.

Las *bases* de 1984 se dividen en dos partes: una propiamente programática titulada "líneas fundamentales de acción" y otra más bien coyuntural titulada "medidas de emergencia". La que aquí interesa es la primera y respecto a ella se puede afirmar que, en la mayoría de los temas, no hay cambios sustanciales sino que básicamente se reordenan y amplían los temas ya presentes en las *bases* fundacionales de 1971. Sin embargo, en el capítulo económico hay tres cambios que son de cierta importancia. En la propuesta de reforma agraria, que se mantiene, no se habla explícitamente de la eliminación del *latifundio*. En el ámbito financiero, en lugar de "nacionalización de la banca" se habla directamente de "estatización". Por último, desaparece la mención a la "nacionalización de los rubros esenciales del comercio exterior".

Entre 1971 y 1984, el programa de la izquierda no varió sustancialmente ya que se mantienen la mayoría de las grandes definiciones generales y también la mayoría de las propuestas concretas, salvo las tres modificaciones señaladas. Las dos primeras alteran parcialmente aspectos del programa fundacional. La tercera novedad supone la eliminación de una de las tres medidas fundamentales que apuntaban a la alteración de la estructura económica. La continuidad está dada por la permanencia de dos elementos centrales: la prioridad asignada a las "reformas estructurales" especialmente económicas y sociales; y el predominante rol atribuido al estado, cuyas potestades de planificación y regulación así como su aparato y su dominio industrial, comercial y social se plantea expandir. La novedad está en la eliminación de una de las medidas económicas fuertes contenidas en el primer programa (nacionalización del comercio exterior), en la radicalización de otra (de la nacionalización a la estatización de la banca) y en una aparente moderación de la propuesta de reforma agraria (eliminación de la mención directa de la expropiación del latifundio).

El programa de 1989 no tiene muchas novedades respecto al de 1984, razón por la cual no le doy aquí una atención específica y me concentro en el de 1994. Sin embargo hay un cambio de relieve que aparece en 1989 y que será reafirmado en 1994: se expresa la intención de "evitar el pago" de los intereses de la deuda externa y se plantea el carácter ilegítimo e impagable de la deuda. Se trata de una formulación ambigua ya que no proclama el "no pago" de la deuda, sólo de los intereses que genera, pero al mismo tiempo ello queda insinuado. ¿Qué otro sentido podría tener la alusión a la ilegitimidad de la deuda y a la insolvencia del deudor? En ocasión de la aprobación del programa de 1994, este asunto generó un debate interno importante que analizo más adelante.

En referencia ese programa de 1994 he optado por considerar el "documento preparatorio" del *Segundo congreso extraordinario del Frente Amplio* de julio de 1994. Primero reseñaré sumariamente los puntos del programa en que se explicitan divergencias

internas: "política internacional", "defensa nacional", "sistema financiero" y "deuda externa". En los dos primeros las diferencias de opinión son puntuales y se refieren a un eventual tratado "4+1" (Mercosur+Estados Unidos), a la "iniciativa para las Américas" de George Bush, y a la posibilidad de que las FF.AA. participen en tareas de "interés social" que no son estrictamente de defensa militar externa. En cambio, los otros dos puntos dieron pie a discusiones importantes que alinearon a sectores *radicales y moderados*<sup>29</sup>. Las divergencias giraron en torno a dos ejes: la estatización de la banca y el (no) pago de la deuda externa. En ellos me detengo a continuación.

La discusión sobre sistema financiero, enfrentó a los sectores favorables a mantener la estatización de la banca<sup>30</sup>, postulado incorporado en las "bases" de 1984 en sustitución de la "nacionalización" de 1971, con aquellos inclinados a eliminar este punto del programa frenteamplista<sup>31</sup>. Los primeros sostenían que, dada la inexistencia de capitales privados nacionales interesados en gestionar un sistema bancario nacionalizado, la nacionalización de la banca sólo podría concretarse a través de la estatización. Por su parte los segundos asumían la inevitabilidad de la extranjerización del sistema bancario privado y la inviabilidad de la estatización del mismo. Postulaban como alternativa dos estrategias para que el Estado ejerciese un mayor control del ahorro y el crédito nacional: el fortalecimiento de los bancos estatales y el reforzamiento de los controles y la supervisión estatal sobre las instituciones financieras privadas por parte del Banco Central del Uruguay.

El tema de la deuda externa, una de las herencias que la dictadura legara a la nueva democracia, da lugar a un debate interno. Como señalé anteriormente, la referencia a la posibilidad de suspender el pago había aparecido en 1989 pero referido no a la deuda en sí, sino únicamente a los intereses por ella generados (aunque al mismo tiempo se decía que "gran parte de la deuda externa es ilegítima" y que "es imposible pagarla"). En verdad, este tema ya figuraba tanto en el programa de 1971 como en el de 1984, pero no había ninguna mención a la posibilidad de no pagar: las bases de 1971 plantean la "renegociación" y las de 1984 dicen lo mismo con otro término ("refinanciación"). El debate de 1994 en torno a este tema reproduce los alineamientos del tema anteriormente considerado (ver nota al pie), enfrentando a los sectores que defienden ciertas modalidades parciales y transitorias de no

---

<sup>29</sup> El uso de los términos "radical" y "moderado" como categorías que pretenden dar cuenta de dos corrientes internas del frenteamplismo se ha vuelto un lugar común en muchos análisis políticos. Aquí no los utilizo como categorías con pretensión analítica sino como mero recurso al lenguaje cotidiano para referirme a las fracciones a las que frecuentemente así se adjetiva. A veces, su uso parece vincularse a la pretensión de cristalizar, al nivel del análisis, dos bloques de fracciones homogéneos y con cierta continuidad temporal. Así planteados carecen de todo rigor descriptivo, mientras no se expliciten los contenidos concretos que definen a cada tipo y las dimensiones a partir de cuya observación se procede a colocar a las diversas fracciones frenteamplistas en la categoría correspondiente. El problema de las configuraciones internas del Frente Amplio y el comportamiento fraccional de sus diversas tendencias se presenta como una realidad compleja y cambiante difícilmente reductible a estas dos pretendidas categorías como tipos permanentes. Sirven, y con ese sentido los utilizo aquí, como meros adjetivos en su sentido literal. Así se pueden distinguir radicales y moderados en todos los partidos. Siempre habrá quienes se inclinen por pronunciamientos más extremos y otros que lo hagan por posturas más matizadas, quienes prefieran las vías rápidas y quienes prefieran el gradualismo. En fin, radicales y moderados.

<sup>30</sup> Movimiento de Participación Popular (MPP), Partido Comunista del Uruguay (PCU) y Unión de Izquierda Revolucionaria (UNIR).

<sup>31</sup> Vertiente Artiguista (VA), Partido Socialista (PS), Corriente Popular (CP) y Presidencia del FA.

pago con las fracciones que prefieren pronunciamientos aún más moderados. Los primeros se inclinaban por la declaración de una moratoria transitoria del pago (tanto de intereses como de capital) por un período de por lo menos tres años, y una renegociación en procura de la reducción y refinanciación del importe a pagar al término de la moratoria. Los segundos sostenían, otra vez, la inviabilidad de la moratoria aún parcial y transitoria dadas las previsibles represalias que generaría de parte de los acreedores privados y los organismos financieros internacionales, cualquier modalidad de suspensión unilateral del pago de la deuda externa y postulan dos estrategias. Compartiendo la necesidad de reformular las condiciones del pago de la deuda, plantean como alternativa a la posición anterior dos iniciativas complementarias: la conformación de un bloque común de los países deudores, especialmente del Mercosur, para alcanzar un mayor poder de negociación frente a los acreedores, y la renegociación conjunto y/o por separado de la deuda con el objetivo refinanciarla reduciendo la carga anual.<sup>32</sup>

Estos puntos polémicos en el trámite de re-elaboración programática de 1994 cobraron relevancia y se volvieron centro de tensiones internas dado el lugar estratégico que la cuestión financiera ocupa dentro del programa del Frente Amplio. Dos son los aspectos de esta cuestión que le otorgan esa importancia y al mismo tiempo dan lugar a contradicciones de difícil conciliación: por un lado la capacidad estatal de manejar el ahorro interno a través del control del sistema financiero y la reducción de las salidas de capitales y por otro la insuficiencia de aquel para financiar los planes de desarrollo económico y social que la izquierda postula y la consecuente necesidad de acudir al crédito externo. Lo primero fundamenta el recurso al control estatal del sistema financiero y a la búsqueda de caminos para reducir el peso de la deuda externa. Lo segundo está detrás del temor a que cualquier acción que incite la animosidad adversa de los centros financieros internacionales, cierre el camino a la obtención de nuevos créditos. Finalmente, el documento aprobado por el congreso de 1994, consagró la eliminación de la “estatización de la banca” incluida en 1984 y volviendo a la “nacionalización” postulada en 1971. De igual forma no se incluyó la moratoria del pago de la deuda externa aunque sí se reitera la “constitución de un frente de países deudores ... con el fin de evitar el pago de los intereses”.

Hasta aquí los puntos de discrepancia explicitados en el documento preparatorio del “segundo congreso extraordinario” de 1994. Pasaré ahora a revisar otros dos cambios que surgen de comparar el documento finalmente aprobado (ya no el preparatorio), en esa instancia con las formulaciones anteriores (1971 y 1984).

Si bien no hay ninguna mención expresa a la reforma agraria (uno de los ejes centrales del programa de transformaciones económicas contenido en las “bases” de 1971 y 1984), en el capítulo dedicado a la producción agropecuaria se incluyen medidas equiparables a los contenidos de aquella. En el programa fundacional la reforma agraria tenía un componente fuerte en la expropiación del latifundio (señalado como una de las claves del retraso agropecuario del país). Este señalamiento del latifundio había desaparecido en las “bases” de

---

<sup>32</sup> Como puede verse, no se plantea el no pago total y definitivo de la deuda externa. La moderación de la propuesta de los “radicales” frenteamplistas en torno a este tema -de los más reboleados por los críticos del radicalismo de la izquierda- constituye una prueba de lo resbaladizo del terreno al que nos lleva la dicotomía moderados/radicales cuando se pretende otorgarle las propiedades ya señaladas.

1984. En el documento aprobado en 1994 tampoco se habla directamente de expropiación, aunque queda sugerido indirectamente en diversos párrafos en los que se hace mención a que “se estudiará la productividad especialmente de las tierras en manos de extranjeros no residentes en el país dedicadas a la ganadería extensiva” y se enfatiza la posibilidad de recurrir a las tierras de los deudores del estado, para destinarlas a planes de colonización rural.

La “nacionalización del comercio exterior” había constituido otro de los tres ejes destacados de las “bases” de 1971. El punto no fue objeto de la discusión preparatoria y en el documento aprobado en 1994 no se lo menciona ni aparece aludido indirectamente en las secciones donde se tratan asuntos relativos al comercio exterior (1.1 “política económica” y 1.5 “reforma del estado”), confirmando de esta forma el cambio ya señalado en las “bases” de 1984. En las secciones mencionadas el programa sólo apunta a la promoción de las exportaciones vía mejora de la competitividad, al desarrollo de una política arancelaria que estimule las actividades nacionales competitivas y a la creación de un Ministerio de Comercio Exterior.

Hasta aquí he realizado una reconstrucción del itinerario del programa frenteamplista centrado en los cuatro temas más destacados del programa económico (tierra, banca, comercio exterior y deuda externa)<sup>33</sup> y en tres momentos escogidos (1971, 1984, 1994). Antes de continuar, veamos estos elementos ordenados en el siguiente cuadro:

	1971	1984	1994
<b>Agro</b>	reforma agraria	reforma agraria	colonización
<b>Banca</b>	nacionalización	estatización	nacionalización
<b>Com. Exterior</b>	nacionalización	control cambios	promoción exportación
<b>Deuda</b>	renegociación	refinanciación	“ilegítima-impagable”

En un marco general de continuidad (ninguna de las instancias analizadas introdujo vuelcos sustanciales o reformulaciones radicales del programa fundacional de 1971), se produjeron algunos cambios que introducen matices en ciertos aspectos destacados del programa económico frenteamplista. Vistos en conjunto, estos cambios dan una imagen contradictoria. En tres puntos (reforma agraria, estatización de la banca, nacionalización del comercio exterior) se orientan en el sentido de una moderación de algunas de las aristas programáticas que más distinguían a la izquierda, tanto por su contenido específico, como por el lugar que ocupan y el destaque que se les asigna<sup>34</sup>. Sin embargo, en otro punto (no pago deuda externa) hay una radicalización del planteo anterior (renegociación y refinanciación).

Esta paradójica constatación es un buen reflejo de los problemas y bloqueos que los impulsos a la renovación moderadora encontraron entre 1991 y 1994. Recién a partir de

<sup>33</sup> La reforma del sistema impositivo, del que en 1971 ya se proponía su “reforma radical”, ha figurado en todos los programas del FA como un instrumento redistributivo privilegiado. El desarrollo y detalle del tema en cada nueva versión ha ido incrementándose. Si bien no lo incluí en esta reseña del itinerario programático, la notoriedad que este tema adquirió en la campaña electoral 1999, incita fuertemente a considerarlo.

<sup>34</sup> Es llamativamente sintomático que, en el resumen de una serie de entrevistas realizadas a dirigentes frenteamplistas de diversas fracciones en el correr de 1993, entre las “primeras medidas económicas” que impulsaría un eventual gobierno frenteamplista no se menciona nada sobre banca privada extranjera, comercio exterior y propiedad de la tierra. (Wettstein 1993 V: 406-408).

entonces, ese rumbo se confirmaría plenamente en los programas del Frente Amplio y especialmente en los del Encuentro Progresista. Por ello considero igualmente adecuado señalar que a lo largo de todo el período 1971-1999, el momento de inflexión más importante desde el punto de vista del giro moderado del programa frenteamplista se encuentra en 1994. A pesar de lo trabado del trámite interno de la revisión del programa económico, cobran fuerza los impulsos que sentarán las bases sobre las que se fundamenta el actual programa del Frente Amplio y del Encuentro Progresista.<sup>35</sup> Desde este punto de vista no debe dejar de considerarse, que los cambios de 1994 se producen en un ambiente interno distinto pautado por el abandono del consensualismo programático y la irrupción del debate abierto entre diversas opciones que en general han enfrentado a los defensores de los lineamientos centrales del programa fundacional con los partidarios de su revisión parcial.<sup>36</sup>

El análisis aquí desarrollado se centró en algunos aspectos económicos del programa del Frente Amplio por dos razones: la primera es que ese era el capítulo clave, el más destacado del mismo, y la segunda que es precisamente allí donde mejor se perciben los cambios señalados, los inicios de la tendencia a la moderación que recién se confirmará plenamente en el tramo 1994-1999. Sin embargo, cierto es que el programa frenteamplista siempre tuvo otros capítulos dedicados a temas diversos y aunque no se profundice aquí en ellos, señalaré que en términos generales también revelan un cambio importante, especialmente en lo que tiene que ver con su lugar y desarrollo dentro del conjunto de proposiciones.

Si se comparan las “bases” de 1971 con el “otro programa” de 1999, se constata inmediatamente que el capítulo económico ha cedido espacio frente a los aspectos sociales y políticos. Revisando la serie completa de la documentación se constata que este cambio se inició con las nuevas “bases” de 1984 y se ha ido confirmando en cada actualización, siendo también en este aspecto, el de 1994 el punto de inflexión más claro. No sólo se desarrollan temas antes apenas punteados sino que aparecen nuevos asuntos que adquieren particular destaque. Así por ejemplo las referencias a “políticas sociales” adquieren un lugar más destacado y extenso en cada nueva versión. El tema de la “reforma del estado” se incorpora en 1989, adquiere relevancia en 1994 y la mantiene en “el otro programa” de 1999. Por último, la

---

<sup>35</sup> La creación en 1994 del Encuentro Progresista es un elemento que debe tenerse presente. A partir de entonces, aunque el FA mantiene su propio programa, paralelamente se inicia la historia del programa del EP que irá eclipsando al del FA hasta llegar a la situación planteada en 1999 en que el debate programático no se centra en el documento aprobado por el último congreso del FA (1998) sino en el del EP (“el otro programa”, 1999). Aquí hay una veta a investigar, ya que notoriamente el programa del EP no es un simple reflejo automático del FA. Cuando el trámite de la renovación programática se trabó en el Frente Amplio en 1994, la creación del Encuentro Progresista ese año y su jerarquización posterior fue la vía por la que se concretó y acabó arrastrando al propio Frente Amplio.

<sup>36</sup> Los cambios en el programa del FA han merecido los más diversos juicios dentro y fuera del Frente Amplio. Desde dentro hay quienes los consideran positivamente como parte de la evolución renovadora del FA y de su constitución en fuerza gobernante y quienes, por el contrario, los evalúan críticamente como un retroceso, un abandono de postulados históricos de la izquierda, con los que el FA debe re-encontrarse. Desde fuera, también es diversa la gama de opiniones, algunas son extremadamente críticas. La siguiente cita del ex-frenteamplista Hebert Gatto ilustra cómo estos cambios, aún estándose en sustancia de acuerdo con su contenido, pueden ser juzgados severamente “...los que prometían un cambio radical...ahora ofrecen una versión tibia del batllismo de principios de siglo...No obstante la fe frentista se sostiene. Porque a esta altura poco tiene que ver con programas...” (Gatto 1997: 36).

atención dedicada al tema de la democracia, apenas mencionado en las “bases” de 1971 con un enfoque muy coyuntural, ha ido adquiriendo una creciente importancia desde 1984 hasta el punto de ser en 1999 uno de los tres “ejes fundamentales” desarrollados en el “otro programa” del Encuentro Progresista – Frente Amplio.

El Frente Amplio continúa promoviendo un programa que pone énfasis en el cambio, con una persistente preocupación por la transformación económica del Uruguay, orientada tanto al crecimiento estrictamente económico como a la sustentación de una política social redistributiva fundada en principios de justicia social e intenciones de corte igualitarista. Junto a esas persistencias, las sucesivas reformulaciones de ese programa también muestran cambios importantes que recorren por lo menos dos pistas: la moderación de las propuestas de transformación económica y la incorporación y/o desarrollo de asuntos referidos a los temas sociales y político-institucionales.

El programa frenteamplista de 1999 se presenta como un programa de cambio moderado orientado hacia la transformación y el crecimiento económico, la justicia social, y la profundización y perfeccionamiento de la democracia política, y que además asigna al Estado un rol relevante en la conducción del proceso económico y social. Estas constituyen a mi juicio las notas distintivas que definen la identidad programática actual del Frente Amplio.<sup>37</sup>

¿En qué medida esta moderación del programa del Frente Amplio lo acerca o lo asemeja a los partidos tradicionales? Una respuesta mejor fundada a esta cuestión exigiría hacer un estudio de los programas de dichos partidos de iguales características al aquí hecho para el caso del Frente Amplio. Planteada esta limitación, no creo estar desafiando excesivamente al sentido común, al afirmar que efectivamente esta moderación programática de la izquierda coloca al Frente Amplio en algún punto más cercano de los partidos blanco y colorado con respecto a su ubicación en 1971<sup>38</sup>. Si del estudio particularizado del programa de estos otros dos partidos se confirmara este acercamiento o incluso se constataste un corrimiento

<sup>37</sup> Si a través del análisis documental hasta aquí expuesto se puede registrar esta evolución programática de la izquierda frenteamplista, la misma también puede ser registrada a través de un estudio de su discurso público cuyas posibilidades aquí apenas esbozaré. Este revela, no una visión completa y articulada de las definiciones de la fuerza política como la que surge a partir de la revisión documental, sino los énfasis que a partir de estas se realizan a la hora de la comunicación política abierta y masiva. El análisis del discurso público permite detectar cuáles de las definiciones programáticas de una organización partidaria son elevadas al estatus de elementos definitorios privilegiados en el marco de la competencia política. En ese sentido el itinerario discurso público del FA de 1971 a 1999 confirma plenamente el proceso de moderación programática señalado: del énfasis “antioligárquico y antimperialista” predominante en 1971 (corolario de las dicotomías oligarquía-pueblo e imperio-nación); pasando por los pronunciamientos “nacional, popular y democrático” de 1984 (reverso positivo de las dos anteriores e incorporación del aprendizaje político que dejó la dura experiencia autoritaria); para llegar en 1999 a la proclamación del lema “gradualismo, estabilidad y equidad” como elementos caracterizadores del “cambio a la uruguaya”.

<sup>38</sup> Como sucede con otros puntos abordados en este trabajo, la consideración de los partidos como unidades homogéneas empobrece la visión al retacear la realidad mucho más rica que abre el panorama intrapartidario pautado por la diversidad fraccional. El programa del Frente Amplio en 1971, tenía puntos de contacto con el programa de la fracción mayoritaria del Partido Nacional. Las “Bases programáticas de la unidad” y “Nuestro compromiso con usted” compartían la preocupación por los “cambios estructurales” económicos y sociales. Ambos navegaban en las aguas del desarrollismo aunque representaban diversas vertientes dentro de un marco común de referencias. Sobre la influencia del desarrollismo en los programas partidarios y las políticas públicas puede verse el estudio de Adolfo Garcé (1999).

de estos hacia las algunas de las definiciones frenteamplistas, entonces se podría sostener con la evidencia empírica más completa, la hipotética tendencia centripeta de los programas de nuestros partidos a la que me referí en la introducción.

### Reestructura y funcionamiento

El estudio de la estructura y funcionamiento del Frente Amplio comprende a su vez diversas cuestiones: la doble condición de coalición y partido; el organigrama que define su armazón interna; las instancias de poder y sus potestades (presidencia, partidos, comités de base y coordinadoras); las modalidades de membresía, participación y militancia; las lógicas y formas de la competencia interna; los liderazgos y sus modos; y, en un plano de apreciación más general que involucra todos los aspectos anteriores, el modelo de organización partidaria que permita tipificar al Frente Amplio y establecer comparaciones con los otros partidos uruguayos. La agenda organizativa es entonces muy nutrida y, al igual que en los puntos anteriores, ameritaría un trabajo específico que la tuviese por único tema. Esa diversidad me lleva, una vez más, a tomar opciones, acotando su tratamiento a una mirada atenta pero general que ponga el punto en cuestión al servicio del tema mayor que motiva esta monografía. Se recorren los diversos aspectos señalados, intentando completar una visión de conjunto sobre el tipo de organización político partidaria que es el Frente Amplio y especialmente sobre el itinerario de la misma desde su fundación a nuestros días, identificando también aquí las permanencias y los cambios.

El Frente Amplio nació en 1971 como una coalición de partidos y grupos hasta entonces separados, o con diversos antecedentes de alianzas entre sí, y/o desprendidos de los partidos tradicionales. Haciendo paradójico uso del doble voto simultáneo, pieza clave del sistema electoral uruguayo construido por blancos y colorados y repudiado históricamente por la izquierda, esta coalición se articuló como un acuerdo electoral asentado en un compromiso político y un acuerdo programático que le daba fundamento al primero. Pero, también desde el momento de su fundación, esta coalición de partidos convocó a la formación de un movimiento político común (propiamente frenteamplista) que superara los límites de la mera sumatoria de las partes convocantes. Y ante la afluencia que dicha convocatoria encontró creó además un marco orgánico para dar estructura propia al movimiento. Por ello es que desde la etapa fundacional el Frente Amplio es al mismo tiempo una coalición de partidos y un movimiento político unificado. Este segundo componente fue adquiriendo un gran desarrollo entre 1971 y 1973 y aún mucho más entre 1984 y 1999, transformando al frenteamplismo en una entidad política consistente por sí misma, más allá incluso de la permanencia y la importancia relativa de los partidos que estuvieron en su génesis. Visto en perspectiva histórica este proceso evidencia el tránsito desde la coalición originaria hacia la actual constitución del FA en partido político, y la paralela conversión de los partidos que fundaron la coalición y convocaron al movimiento o se integraron luego, en fracciones internas del ahora partido frenteamplista. Esto se sostiene más allá del hecho, irrelevante desde el punto de vista que vengo manejando, de que por razones históricas y tradicionales o incluso ideológicas algunas de estas fracciones mantengan sus viejas denominaciones de “partido”<sup>39</sup>.

<sup>39</sup> Tal es el caso de los siguientes “partidos” que actualmente son fracciones o incluso subfracciones del partido Frente Amplio: socialista (PSU), comunista (PCU), por la victoria del pueblo (PVP), obrero

La estructura interna del Frente Amplio ha ido variando a lo largo de su trayectoria. A través de sus estatutos (aprobados en 1971 y modificados en 1986 y 1993) es posible registrar cómo se ha ido modelando el organigrama que da forma a esa estructura y al mismo tiempo cómo se han ido definiendo las diversas instancias que intervienen en el proceso de toma y ejecución de decisiones y sus respectivas potestades<sup>40</sup>. La dirección se configura a partir de dos órganos, uno deliberante y otro ejecutivo, el Plenario Nacional y la Mesa Política respectivamente. Oscar Bottinelli, comparando lo que denomina “estructuras de dirección” de nuestros tres partidos mayores, ha señalado que este formato dual de la dirección partidaria se registra en los tres casos: a los ya señalados organismos frenteamplistas, corresponden la Convención y el Comité Ejecutivo Nacional colorados y la Convención y el Directorio blancos (Bottinelli 1993).

Más allá de esta coincidencia, en el caso del Frente Amplio la estructura orgánica presenta una mayor densidad. Por una lado, hay otros dos organismos que completan el nivel de dirección política, uno por debajo y otro por arriba de los ya mencionados. Por otro lado, están las estructuras de participación de los miembros y militantes que se superponen y se vinculan a las de decisión. El conjunto configura una pirámide organizativa compleja. Al Plenario Nacional y la Mesa Política se agregan: en la base del nivel de decisión el Congreso (Ordinario y Extraordinario), y en la cúspide un órgano derivado y sometido a la Mesa, de integración más reducida, para las tareas de conducción ejecutiva cotidiana que viene a cumplir los roles que en otros tiempos desempeñó por sí sola la Presidencia del FA y que dado su carácter extraestatutario ha recibido diversos nombres (Órgano de Conducción Política o Secretariado del que participa la Presidencia). En la estructura de participación (por sí misma un elemento distintivo del Frente Amplio dentro del sistema de partidos), que se conecta en diversas instancias (Congreso, Plenario y Mesa) con la estructura de decisión y en tal sentido también comparte esa potestad, se ubican los Comités de Base (territoriales y funcionales), las Coordinadoras y los Plenarios Departamentales.

La integración y forma de elección de los organismos de dirección ha ido cambiando en las diversas formulaciones estatutarias. En el caso del Plenario Nacional, en sus orígenes se integraba básicamente con los representantes de las diversas fuerzas políticas que conformaban la coalición. La reforma estatutaria de 1986 incluyó a representantes de las “bases” (a través de delegados de las diversas instancias de la estructura de participación), constituyendo estos el 30% del total de integrantes del Plenario Nacional, mientras el 70% restante continuaban siendo representantes de los partidos y grupos coaligados. Una segunda reforma estatutaria (1993) amplió al 50% la representación de las “bases” en el Plenario Nacional, reduciendo así a un 50% la participación directa de los partidos.

---

revolucionario (POR) y socialista de los trabajadores (PST).

<sup>40</sup> Corresponde abrir aquí un margen de interrogación acerca de la validez futura de las afirmaciones que expongo en este apartado. La reforma constitucional de 1996 introduce algunas novedades que podrían generar, de hecho ya están produciendo, algún tipo de alteración de la estructura de los partidos y sobre todo de las modalidades de funcionamiento interno y las lógicas de competencia intrapartidaria. En este sentido las novedades más importantes son la realización de elecciones internas obligatorias y simultáneas en todos los partidos, la obligatoria elección e instalación de las convenciones partidarias nacionales y departamentales por ahora como meros órganos electores, la imposición del candidato único presidencial por partido y la no simultaneidad de las elecciones municipales respecto a las nacionales.

Esta evolución refleja dos fenómenos diversos y complementarios. Una es la impronta militante, la voluntad política de estimular la participación intensa del mayor número posible de miembros en la estructura orgánica. Esta concepción militante seguramente está detrás del creciente peso otorgado a la instancias de participación dentro de los organismos de dirección política, fenómeno que se inaugura en 1986 y se profundiza en 1993. Más allá de la forma concreta que asume la elección de los delegados a los niveles de conducción (que combina una elección restringida, en asamblea de comité, para el caso del Congreso con una modalidad de elecciones abiertas para el caso de los delegados partidarios y de las bases ante el Plenario Nacional) lo cierto es que, desde el punto de vista formal, hay una incidencia creciente de las instancias canalizadoras de la participación de los militantes y meros afiliados en el nivel de dirección política.<sup>41</sup> El otro fenómeno vinculado a este proceso es el ya señalado tránsito de la coalición al partido frenteamplista, en la medida en que lo que se refuerza es la estructura común y el peso que dentro de ella tienen las instancias de participación común, propiamente frenteamplistas, aquellas que se crearon para dar cauce al movimiento y que se fueron desarrollando al punto de invadir el nivel de dirección inicialmente reservado a los componentes de la coalición y algunos dirigentes independientes.

El peso de esa concepción militante de la participación y la organización ha sido una marca distintiva de la izquierda y juega no sólo como componente del modelo organizativo sino también como parte de la cultura y la mística frenteamplistas. Las siguientes afirmaciones de Líber Seregni tomadas de algunos de sus discursos y entrevistas del período 1971-1973 son ilustrativas del peso de la concepción militante que vengo señalando en su doble condición de impronta del modelo organizativo y al mismo tiempo marca identitaria constitutiva de la izquierda, en este caso del frenteamplismo fundacional: "...el FA encarna una nueva concepción de la vida política...porque los militantes populares...no participaban...de esa concepción que proclama la derecha, según la cual el único acto político del ciudadano deber ser el voto...¡No!...Cada militante frenteamplista es un político y así debe ser...Porque atribuimos al pueblo...el papel protagónico en el proceso histórico, es necesario consolidar y extender la acción los Comités de Base ... Una de las características fundamentales que diferencian al Frente de los viejos lemas tradicionales, es la movilización popular de que es capaz; hay en nuestro Frente una menor diferencia entre su militancia y su electorado. En realidad, todos o casi todos nuestros electores, son militantes de nuestro Frente..." (Wettstein 1984: 20, 36-38)

La cita de Seregni es contundente y demostrativa, incluida la exageración de la última frase. El compromiso y la militancia política fueron elementos centrales de la prédica frenteamplista, tanto como las definiciones programáticas o los pronunciamientos de la grave coyuntura. Era presentada como parte esencial de su forma distintiva de hacer política y señalada como uno de los valores que distinguían al Frente Amplio respecto a los partidos tradicionales. El fenómeno de los Comités de Base, contrapuestos siempre y machaconamente,

---

<sup>41</sup> Sobre estos aspectos relativos a la distribución de potestades dentro de la estructura de participación y conducción del Frente Amplio, Enrique Rubio ha analizado la cambiante incidencia de lo que considera los "cuatro factores básicos de poder" (votantes, militantes, partidos y presidencia) planteando conclusiones concordantes con el análisis aquí planteado (Rubio 1997).

a los "clubes" blancos y colorados fue el campo de experimentación de esta concepción y el auge de los mismos fue a su vez estímulo para su sostenimiento y promoción.

En los años ochenta y noventa, al tiempo que se completaba el montaje de la densa estructura común constituyéndose organizativamente el partido frenteamplista, se fue institucionalizando la incidencia de las estructuras de participación, ya existentes desde el período fundacional, en el nivel de dirección política. Paradójicamente, mientras esto sucedía a nivel formal estatutario, la participación real de la militancia descendía notablemente provocando un vaciamiento de las instancias de participación. La combinación de ambos fenómenos terminó generando efectos no buscados, como la doble representación de las fracciones (a través de sus propios representantes una vez y de los representantes de base otra vez).

Esto sucedía en el marco del crecimiento electoral del Frente Amplio, lo cual reforzaba el efecto de la crisis de militancia ya que naturalmente la expansión de la base electoral incorporaba simples simpatizantes con niveles inferiores de adhesión y compromiso lejanos a cualquier intención militante, alejando el ideal del elector-militante evidenciado en las expresiones de Seregni citadas anteriormente. De la combinación del crecimiento electoral y la crisis de militancia, resultaron tanto el descenso del porcentaje de militantes sobre el total de electores, como la caída abrupta del número absoluto de militantes. Esto golpeaba un atributo primordial de la capacidad de movilización y acción política de la izquierda en un momento particularmente inoportuno, y por ello su reconocimiento dio lugar a una seria preocupación generalizada fielmente representada por estas afirmaciones realizadas hacia 1991 por Esteban Valenti: "Yo creo que no se puede desconocer que la izquierda está en una profunda crisis de militancia —...en el Uruguay la crisis de militancia es enorme- y esto es muy grave porque un proyecto como el nuestro necesita de la militancia ... Es una paradoja. Cuando la izquierda está en la más alta capacidad de acumulación de fuerzas en Uruguay se da esta situación respecto a la militancia". (Harnacker 1991 III) <sup>42</sup>

Esa "crisis de militancia"<sup>43</sup> en contexto de crecimiento electoral que afectó desde mediados de los ochenta en forma generalizada a la izquierda política y a los movimientos sociales estimuló la revisión de las concepciones y prácticas organizativas y de las formas de vinculación de los distintos grados de adherentes. El decaecimiento de la participación política y social luego del auge de la misma entre 1983 y 1986 (reedición del clima militante 1968-1973) generó preocupación en la izquierda y dio lugar a un clima de reflexión sobre sus causas y las salidas que permitieran revertir el proceso de adormecimiento político y social. Fue a partir de estos diagnósticos y soluciones que se comenzó a revisar las concepciones organizativas predominantes y a admitir más abierta y explícitamente modalidades de participación interna diversas. Más que grandes rupturas, se concretan variaciones adaptativas a una nueva realidad que en su momento fue reconocida con preocupación.

<sup>42</sup> En Harnacker (1991 III: 5-23) puede leerse una interesante discusión (reunida bajo el título "crisis de militancia: un fenómeno general") en la que participan varios dirigentes frenteamplistas (Hugo Cores, Enrique Rubio, Eleuterio Fernández Huidobro, Esteban Valenti y José Korseniak) sobre los orígenes de la crisis de militancia como y el nuevo modelo a promover para superarla.

<sup>43</sup> La "crisis de militancia" no es un fenómeno exclusivamente político sino que se vincula al giro cultural posmoderno que afecta al mundo occidental desde la década del setenta y, en cuyo marco, las formas de la acción colectiva se han visto trastocadas y en cierta forma debilitadas.

Se produce una flexibilización importante, que no un abandono, de la concepción predominante que había inspirado tanto los formatos y prácticas organizativas de algunos de los grupos concurrentes en el Frente Amplio como también los de este último. Esas tradiciones organizativas reconocían la conjunción de inspiraciones diversas y pesaban de distinta forma, o simplemente no estaban presentes, según el grupo que consideremos. Mirando a la izquierda en general, sin entrar a considerar la pluralidad de casos particulares, se puede decir que entre los elementos concurrentes a las formulaciones organizativas, se destacaban algunos postulados leninistas como el centralismo democrático y el papel de los cuadros revolucionarios profesionales. Sin embargo, no se puede afirmar que predominara la concepción leninista pura del partido de cuadros profesionales, sino que esto a su vez se combinaba con otros elementos. Por ejemplo los de la tradición socialdemócrata alemana, con reminiscencias mencheviques, inspiradora del modelo de partido de cuadros y de masas, que incorporaba una visión más abierta y flexible que la leninista. El resultado de la superposición de estas matrices junto a otras que variaban según el grupo político que se considere, era una concepción que asignaba gran importancia a la armadura organizativa en sí misma, que promovía la acción política colectiva disciplinada, que admitía la pluralidad al momento de la discusión pero imponía la unidad férrea a la hora de la acción, que priorizaba el valor de la militancia y promovía los niveles crecientes de compromiso de los miembros.

El Frente Amplio heredó parte de estas tradiciones organizativas (predominantes entre socialistas, comunistas y otros grupos de la izquierda socialista) que debieron conjugarse con criterios mucho más flexibles imperantes en otros vectores convergentes en su fundación (sobre todo los provenientes de los partidos blanco y colorado). Allí radica el fundamento de la importancia que la cuestión organizativa tuvo en el armado institucional del Frente Amplio, de la densidad que el mismo alcanzó y de su impronta militante. Sobre esta herencia es que opera la crisis de militancia de mediados de los 80 y la revisión a que dio lugar. El nuevo enfoque resultante, se muestra más flexible y adaptativo a situaciones diversas, pero sin romper totalmente con la concepción originaria. Sin abandonar el énfasis en el valor de la militancia, comenzó a admitirse la posibilidad de otras formas de participación. La vinculación de la organización con sus seguidores no se reduce a la militancia, sino que hay diversos grados que van del dirigente hasta el simple elector, pasando por militantes, afiliados-adherentes, simpatizantes. Todos son grados admisibles de vinculación según diferentes niveles de compromiso y colaboración que van desde la dedicación total del militante "profesional" hasta el simple voto del simpatizante.

Este nuevo enfoque fue la respuesta a la pérdida acusada de militantes, la forma de retener en la organización admitiendo un perfil más bajo de participación. Si antes eran claras las fronteras entre la organización política y la sociedad, ahora los límites se desdibujan ya que hay una especie de círculos concéntricos en los que la participación, el compromiso y las exigencias van determinando diferentes niveles desde el núcleo militante del partido hasta su electorado, diluyéndose las fronteras de la organización, desde que se admite que no lo integran sólo sus militantes y se generalizan las instancias de participación electoral interna bajo la modalidades de padrón abierto y afiliación automática. En este sentido, la izquierda se adapta y prepara para una relación más fluida con el entorno social a partir de una flexibilización de las concepciones acerca de la militancia y la pertenencia partidaria. Esta incorporación de nueva modalidades más abiertas y flexibles, constituye un acercamiento o

incorporación de las modalidades de adhesión y membresía menos exigentes y militantes propias de los partidos tradicionales.

Dejando de lado el tema de la militancia, otro aspecto en el que se han registrado cambios que merecerían un estudio particular, es el de los liderazgos internos del Frente Amplio. Este parece ser un campo en el que se pueden trazar líneas de comparación interesantes con los partidos tradicionales ya que el FA supo tener en la materia una particularidad que se ha visto cuestionada en estos últimos años al producirse la transición desde un liderazgo único y consensual en torno a la figura independiente de Líber Seregni, a una situación de competencia confrontativa entre liderazgos de extracción y/o asiento fraccional. A pesar de no ser figuras independientes<sup>44</sup>, los liderazgos de Tabaré Vázquez y Danilo Astori trascendieron ampliamente las fronteras de sus propias fracciones y se proyectaron como figuras que arrastran apoyos diversos dentro y fuera del Frente Amplio. En este sentido son distintos del tipo de liderazgos más estrictamente fraccionales de los partidos tradicionales. En el caso de Astori esta capacidad articuladora de apoyos mucho más allá del su propia fracción se fue diluyendo en el correr de la competencia con Vázquez hasta quedar en 1999 como un líder casi exclusivamente fraccional.

Esta cambio constituye una situación nueva para el Frente Amplio<sup>45</sup> que merece un estudio más allá de este simple señalamiento. Tiene a su vez relación con la cuestión más general de la lógica y las formas de la competencia interna, terreno en el cual también se registran en los últimos años cambios importantes que las nuevas reglas emergentes de la reforma constitucional de 1996 eventualmente podrían potenciar. El Frente Amplio se ha caracterizado por una fuerte cohesión interna, una forma de relacionamiento interno y un comportamiento político que prioriza y valora altamente la unidad de acción y la disciplina partidaria. Esto hacía que la competencia interfraccional quedara rígidamente encorsetada dando lugar a una dinámica de funcionamiento bastante cerrada, donde el disenso era equivalente de debilidad y la indisciplina fuertemente castigada por el conjunto. La fractura de 1989 (desgajamiento del PDC y el PGP) y el proceso que la gestó fue un primer golpe a esta matriz unitaria y cohesiva del Frente Amplio aunque al mismo tiempo la confirmaba, ya que al terminar con la fuga de los disidentes reafirmaba la imposibilidad de introducir la competencia interna abierta como modalidad habitual de funcionamiento. Diez años más tarde, la forma en que se procesó el enfrentamiento entre Tabaré Vázquez y Danilo Astori que terminó siendo reconocido e institucionalizado al tiempo que se aplicaban las nuevas reglas constitucionales que imponen elecciones internas, vino a confirmar la instalación de esa nueva modalidad marcando otra novedad.

En este aspecto la vida interna del Frente Amplio se ha acercado a la de los partidos tradicionales en la medida en que al igual que estos, comienza a exhibir unas fracciones internas que ocasionalmente actúan con alguna autonomía y que además compiten entre sí de una manera más abierta y confrontativa, aunque con limitaciones aún fuertes que hacen

---

<sup>44</sup> Tabaré Vázquez es dirigente del Partido Socialista desde mucho antes de su emergencia como líder frenteamplista. Distinto es el caso de Danilo Astori que construye su liderazgo como figura frenteamplista independiente para luego crear su propia fracción, perdiendo entonces aquel carácter y volviéndose a partir de 1994 un líder de extracción fraccional al igual que Vázquez.

<sup>45</sup> Aunque ya habla tenido un anuncio en la emergencia del liderazgo de Hugo Batalla, primero complementario y luego enfrentado al de Líber Seregni, entre 1984 y 1989.

inconveniente la disidencia, al tiempo que el cambio se reconoce y asume sin el dramatismo y los temores que el mito de la unidad consensualista hubiera interpuesto pocos años atrás. Este acercamiento a la modalidad de funcionamiento interno de los partidos tradicionales se refuerza a su vez porque la reforma constitucional les ha impuesto a estos algunas características antes propias de la izquierda. El candidato presidencial único y unos mayores niveles de unidad interna y acción cohesionada y disciplinada son novedades para blancos y colorados que los acercan al Frente Amplio.

Este repaso de diversos aspectos organizativos de la trayectoria de la izquierda frenteamplista entre 1971 a 1999 evidencia que en el período 1986-1999 la estructura y el funcionamiento del Frente Amplio registraron cambios. En algún caso estos confirman ciertas características y tradiciones organizativas y en otros las alteran en una dirección distinta. Una primera constatación es la configuración y la dinámica de funcionamiento partidario que ha adquirido lo que originalmente fue una combinación de coalición de partidos y movimiento unificado. El Frente Amplio se organiza y funciona como un partido que aloja en su seno diversas fracciones (los otrora partidos coaligados y otros).

En el proceso de su constitución en partido, completó una densa estructura interna que combina y entrelaza las instancias de dirección con las de participación de los miembros, asignando a estas últimas un creciente peso dentro de las primeras, en lo que constituye una nota distintiva dentro del sistema de partidos uruguayo. Esto tiene que ver con otro de sus elementos característicos: la importancia asignada a la acción militante que se canaliza a través de esas estructuras de participación. En forma simultánea, y por ello aparentemente paradójica, al tiempo que reforzaban las vías de la participación militante en la estructura de decisión partidaria y acrecentaba su caudal electoral, la izquierda se vio sorprendida y hasta desconcertada por la “crisis de militancia” que afectó a los partidos y movimientos sociales desde mediados de los ochenta. Esto indujo la revisión de los criterios organizativos y especialmente de las formas de la participación y el compromiso político de los miembros, resultando de ello una respuesta adaptativa que, sin cambiar la estructura de participación y dirección montada ni abandonar la alta valoración del compromiso y la acción militante, flexibilizó los requerimientos y exigencias admitiendo grados diversos y decrecientes de membresía y participación partidaria.

Por último, el relevo de Seregni por Vázquez supuso cambios en el liderazgo político dentro de la izquierda que se inscriben en una transformación mayor de la dinámica del funcionamiento y las formas de la competencia intrapartidaria. Sin abandonar la fuerte propensión a la cohesión interna, la acción unitaria y la disciplina partidaria, el Frente Amplio se ha ido aproximando a una forma de funcionamiento que admite márgenes de actuación fraccional y niveles de confrontación interna que antes hubieran sido inadmisibles y/o hubieran terminado en el disciplinamiento o en la fractura. En combinación con las recientemente estrenadas normativas constitucionales y electorales, estas nuevas tendencias perfilan una dinámica interna más parecida a la que de los partidos tradicionales uruguayos con mayores márgenes para la acción fraccional y la competencia abierta, aunque también ellos están cambiando y replanteando estos rasgos configurativos de su organización y funcionamiento. Sin embargo, no debe extremarse el planteo, ya que el FA da cabida a cierta competencia interna abierta, pero también castiga fuerte las disidencias e indisciplinas. Las experiencias, distintas pero asimilables en este tema de los márgenes para la indisciplina, de

Jorge Zabalza (caso Hotel Carrasco) y Danilo Astori (caso reforma constitucional) muestran el derrotero de dos disidencias que terminan con el aislamiento y cercamiento de los involucrados y su retroceso y debilitamiento en la interna.

Los partidos europeo-occidentales han vivido desde hace varias décadas transformaciones importantes que pueden servirnos de referencia para ubicar los cambios en la organización y el funcionamiento del Frente Amplio. La literatura politológica ofrece en ese sentido un panorama bastante amplio de los procesos europeos y brinda un conjunto de categorías de análisis y tipologías de partidos. No es mi intención aquí hacer una reseña completa de las mismas sino apenas tomar un par de ellas que permitan someter el caso uruguayo a las teorizaciones inspiradas en el europeo.

Observando la trayectoria de los grandes partidos de masas europeos en la posguerra (socialdemócratas, comunistas, democristianos) Otto Kirchheimer (1966)<sup>46</sup> señaló la transformación de estos hacia un nuevo modelo de partido que denominó “agarratado” o “escoba” aludiendo a la prioridad asignada al ensanchamiento del electorado como objetivo central. Entre las varias características entonces anotadas por Kirchheimer como propias de estos partidos agarratado hay tres que tienen que ver con cuestiones organizativas y de funcionamiento que se han manejado en este apartado: la disminución del peso político de los afiliados, el decaimiento del papel de la militancia, y el fortalecimiento del poder de los líderes. Al Frente Amplio, que efectivamente ha visto acrecentada su base de apoyo electoral en parte debido a una deliberada política “agarratado” de convocatoria amplia, parece relativamente posible encasillarlo en estas características enunciadas hace ya más de treinta años.

Como señalé anteriormente, desde el punto de vista estatutario, es decir con un criterio formal, las potestades de los afiliados y la importancia asignada a la participación militante se han profundizado. Sin embargo la electoralización de la acción política de la izquierda y la aguda “crisis de militancia” han relativizado el efecto de estas ampliadas potestades estatutarias por lo que podría inscribirse al Frente Amplio en la tendencia señalada por Kirchheimer. El fortalecimiento del papel de los líderes es plenamente constatable en el tanto en el caso de Seregni como en el de su relevo. Aquí no hay novedades estatutarias desde el punto de vista de las atribuciones de la figura del presidente del Frente Amplio. Pero es notorio que Vázquez conduce a su fuerza política con un estilo y una modalidad que lo despega de las ataduras partidarias institucionales de una manera no registrada bajo el liderazgo de Seregni. Su mayor autonomía respecto del aparato y su menor apego a la institucionalidad partidaria, más allá de que ocupe el cargo de presidente e integre sus órganos de conducción, hacen de Tabaré Vázquez un líder que quizás no sea más fuerte respecto a Seregni, pero sí que maneja con mayor discrecionalidad esa fortaleza.<sup>47</sup>

<sup>46</sup> Otto Kirchheimer formuló su modelo del partido agarratado (“catch all party”) en el artículo “The transformation of the Western European Party Systems” publicado en 1966 en La Palombara y Weiner (eds.) *Political Parties and Political Development*. El artículo de Kirchheimer fue publicado en castellano en Kurt Lenk y Franz Neumann (eds.) (1980) *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*. Aquí nos basamos en las transcripciones de Angelo Panebianco (1982).

<sup>47</sup> Aunque aquí no profundizo más allá de estas breves observaciones, el tema del cambio en el tipo de liderazgo requiere una atención específica. El relevo de Seregni por Vázquez es mucho más que una simple sucesión, ya que involucra dos modalidades de conducción y liderazgo bien diferenciadas (se ha señalado

Dieciséis años después de la publicación del artículo de Kirchheimer, Angelo Panebianco (1990: 488-492) retomó la tipología de aquel (partido de masas y partido agarratado) y la actualizó introduciendo otras variables a partir del estudio de la evolución posterior de los partidos europeos en los años sesenta y setenta. Así propuso una nueva tipología diádica, adaptando la de Kirchheimer: partido burocrático de masas y partido profesional electoral. El segundo tipo ideal de partido pretendía sintetizar los rasgos esenciales del modelo agarratado incorporándole otros elementos. En lo que aquí me interesa, dejando de lado la cuestión -central en el análisis del autor- de los pesos relativos de burócratas y profesionales que no ha sido considerada en mi análisis del Frente Amplio y requeriría una detenida consideración, tres características del partido profesional electoral señaladas por Panebianco pueden contrastarse con los puntos tratados en este apartado: el carácter electoralista de la adhesión al partido y la debilidad de los lazos organizativos verticales, la preeminencia de los parlamentarios en la conducción y dirección, y el carácter personificado de esta. Estos rasgos se contraponen a los correspondientes al partido burocrático de masas: afiliación como vía privilegiada de la adhesión y fuertes lazos organizativos de tipo vertical, preeminencia de la dirección del partido en la conducción, y carácter colegiado de la misma.

El cotejo de estos elementos con los resultados de mi reseña, no permiten encasillar al Frente Amplio en el tipo de partido profesional electoral. Es cierto que se apela crecientemente a la adhesión exclusivamente electoral y que se han flexibilizado los lazos orgánicos de los miembros con la estructura. Es igualmente correcto que la bancada parlamentaria ha tomado una mayor importancia en la conducción política y que ésta adquiere en la figura de Vázquez un alto grado de personalización. Sin embargo, también es cierto que se mantienen la vinculación militante y la disciplina partidaria como elementos que, flexibilizados, persisten y se promueven. La bancada parlamentaria no ha sustituido a los ámbitos estatutarios de decisión política, a los cuales además somete su actuación legislativa cuando se presentan asuntos de cierta relevancia. El carácter colegiado de los órganos de decisión superior convive con la emergencia de liderazgos fuertes.

En definitiva, el Frente Amplio no puede encasillarse en ninguno de los dos tipos puros de Panebianco, y más bien podría considerarse en algún punto intermedio que manteniendo aspectos esenciales del tipo burocrático de masas se acerca a características propias del profesional electoral. Esto refuerza la idea de que en este plano también se está operando una transición que no da muestras de acercarse aún a una cristalización, sino que continuará y habrá que seguir observando y estudiando.

### **Reequilibrio de las convocatorias ciudadana y social**

Aunque el Frente Amplio se definió desde su fundación como una fuerza política policlasista, es notorio que la izquierda (especialmente la de definición socialista pero esto es también aplicable a otras vertientes) consideraba a la clase obrera, o más ampliamente, a los

---

que Vázquez habría construido un liderazgo de tipo "populista"). Caracterizar y comparar ambas modalidades y establecer qué tiene que ver este fenómeno con la tradicionalización de la fuerza política, constituye una perspectiva específica de investigación.

trabajadores como su base social natural y se concebía a sí misma como la representación política de la misma. En la práctica, ha sido fuerte la vinculación con el movimiento sindical, constituyendo con el mismo su relación privilegiada en lo que a vinculaciones sociales refiere. También en este aspecto el itinerario del Frente Amplio entre 1984 y 1999 evidencia cambios en el comportamiento y en el discurso de la izquierda respecto a sus tradicionales anclajes clasistas. Estos cambios son la confirmación y profundización de un camino ya trillado por la izquierda desde el momento mismo de la fundación del Frente Amplio (retomando a su vez formulaciones y acumulaciones anteriores en esa línea que podrían rastrearse hasta los procesos de renovación comunista y socialista en los años cincuenta). El FA nunca fue un "partido de clase" y el llamado "nacional y popular" pautó su desempeño político entre 1971 y 1973 confirmando esa modificación en el tipo y la amplitud de su convocatoria deliberadamente policlasista y ciudadana.

A lo largo de la nueva etapa política que se abre en 1984, con un impulso más fuerte desde 1989, se registran dos fenómenos que confirman y aceleran ese rumbo trazado en 1971. Por un lado, hay una notoria preocupación en la dirigencia frenteamplista por mejorar, más bien fundar, vínculos con el empresariado. Esto tiene razones bien claras que se relacionan con las incrementadas expectativas de llegar al gobierno nacional. El buen relacionamiento, la confianza mutua, izquierda-empresarios, que tiene su centro y su problema en el manejo de la política económica, es un elemento básico para la estabilidad económica y política. Un eventual gobierno del Frente Amplio requeriría de la inversión pública y privada, para impulsar sus anunciados planes de transformación económica y social de largo aliento y sus promesas de corto plazo. En ese terreno se le vuelve imprescindible un empresariado confiado en una perspectiva mínima de estabilidad como para tomar decisiones de inversión en el mediano y largo plazo. Con respecto a la emergencia de esa preocupación y de la voluntad política de acercamiento al empresariado y a su relación con la viabilidad de los planes económicos y sociales de un gobierno del Frente Amplio, las siguientes afirmaciones del economista Alberto Couriel (senador frenteamplista desde 1990 y dirigente de la Vertiente Artiguista) formuladas hace algunos años son altamente elocuentes: "Para un gobierno popular el relacionamiento con el sector empresarial tiene un rol extraordinariamente relevante. La negociación con el sector empresarial es central para el proceso de acumulación de capital, para la incorporación de progreso técnico, para el crecimiento económico ... La negociación debe asegurar la credibilidad de la política económica para que no haya formas de desestabilización de acciones especulativas...". (Wettstein 1993 IV: 346)

Por otro lado, en el período mencionado hemos asistido a otro fenómeno que es la contracara complementaria del anterior. Todo parece indicar que la dirigencia frenteamplista prevé que sus relaciones con el movimiento sindical podrían ser, en el caso de ser gobierno, conflictivas, quizás más que con el empresariado. La imposibilidad de concretar a corto plazo ciertas demandas sindicales y la necesidad de mantener vínculos cordiales con el empresariado son dos factores que podrían plantear situaciones de enfrentamiento con los sindicatos. Al respecto Reinaldo Gargano (senador frenteamplista y secretario general del Partido Socialista hasta 2000) declaró en 1993 que: "Hoy el relacionamiento con los trabajadores ya no es sencillo...el Frente Amplio ha tenido una tradición de relaciones con los trabajadores organizados sindicalmente, pero es muy cierto también que las organización sindicales uruguayas -para bien- ya no son más la correa de transmisión de un determinado partido político. Tienen mucha independencia...nuestro Frente tiene que pensar no sólo en función de

los intereses de los trabajadores sino del conjunto de la sociedad..."(Wettstein 1993 IV: 44). En este sentido, la experiencia de los diez años de relación entre el gobierno frenteamplista de la intendencia montevideana y el sindicato de los trabajadores municipales (ADEOM) que ha pasado por varias situaciones conflictivas, plantea anticipos fuertemente indicativos de la problemática antedicha.

Estos fenómenos de normalización de la relaciones con el empresariado y de redefinición de la vinculación con los sindicatos tienen clara relación con los nuevos perfiles del Frente Amplio como actor de gobierno. La expectativa del advenimiento de un gobierno frenteamplista que ha crecido a lo largo de estos años, modificó no sólo las actitudes de la izquierda hacia trabajadores y empresarios, sino que a su vez éstos han procesado también una alteración en sus predisposiciones y comportamientos respecto a la izquierda política. Pero el crecimiento electoral y los nuevos perfiles de la izquierda no constituyen el único factor explicativo de tal cambio. También los actores sociales en cuestión, en particular el movimiento sindical, han asistido a transformaciones que concurren a su profundización.

La vieja articulación entre izquierda social e izquierda política, la relación privilegiada entre algunos partidos de la izquierda y el movimiento sindical, se prolongó a partir de 1971 en la vinculación entre el Frente Amplio, con grados diversos entre sus componentes, y la Convención Nacional de Trabajadores (PIT-CNT desde 1984). Con la redemocratización del país en 1985, aquella estrecha vinculación pareció restaurarse. Sin embargo, desde entonces esa relación se fue modificando verificándose una mayor independencia por parte del movimiento sindical respecto a la izquierda política, fenómeno que se vio reforzado a partir de la crisis del Partido Comunista en 1991 dada la gravitación sustancial que dicha fracción del Frente Amplio tenía dentro del sindicalismo. Esta modificación de la relación de los sindicatos con la izquierda tiene fundamentos que escapan de lo estrictamente político y se vinculan más bien con cambios sociales y económicos que se vienen operando en el mundo capitalista.

Como lo ha señalado Jorge Lanzaro, estamos asistiendo a un nuevo sindicalismo "post-keynesiano" (Lanzaro 1991)<sup>48</sup> que, al alterarse las lógicas de la acción colectiva, los niveles de compromiso y organicidad, los apegos ideológicos y los grados de politización, confluye también hacia la redefinición de sus relaciones con los partidos políticos y con los empresarios y sus organizaciones representativas. Esto altera particularmente la relación de los sindicatos con la izquierda política, determinando un vuelco importante de las pautas históricas de ensamble, propias de lo que el mismo autor denominó "adscripción corporativa" (Lanzaro 1996), de la izquierda y el movimiento sindical. Esa relación funcionaba dentro de un esquema económico, social y político que hoy se ha modificado sustantivamente, afectando particularmente la capacidad de movilización y las modalidades de negociación laboral, recortando los márgenes de maniobra de los sindicatos. De este proceso ha resultado la mayor autonomía del movimiento sindical respecto a la izquierda política<sup>49</sup> y también una mayor propensión a la negociación y el acuerdo con el empresariado. De esta forma, la nueva relación Frente Amplio-sindicatos no se explica únicamente por el cambio en los

---

<sup>48</sup> Esta caracterización se apoya en una investigación más amplia acerca del corporativismo en Uruguay (Lanzaro 1986).

<sup>49</sup> Esta hipótesis deberá contrastarse con un estudio particularizado de los conflictos sindicales y la vida sindical en período 1984-1999 centrado en el problema de la relación izquierda-sindicatos.

comportamientos de aquel sino que se entrelaza con las modificaciones que vienen del lado de estos.

La apertura del Frente Amplio hacia el empresariado nacional y la autonomización del movimiento sindical son parte de la transformación creciente de esta fuerza política en el tipo de partido que Otto Kirchheimer denominara “agarratado” citado anteriormente al discutir los cambios en el esquema organizativo del Frente Amplio. Precisamente una de las modificaciones que este autor señalara como propias de la conversión de los partidos de masas europeos en partidos escoba, era el abandono del anclaje clasista exclusivo y su sustitución por una convocatoria de tipo ciudadano socialmente abierta. En Uruguay el policlasismo fue una de las marcas constitutivas de los partidos tradicionales desde sus orígenes. Frente a ello la izquierda desarrolló una convocatoria de corte clasista, en consonancia con el predominio de la matriz ideológica socialista. La relación privilegiada de la izquierda se orientaba hacia la clase obrera y los trabajadores en general, aunque tempranamente se incorporara dentro del auditorio social convocado al empresariado “nacional”, a los “pequeños y medianos” productores industriales y agrícolas, como formando parte de su proyecto. Por su parte, el movimiento sindical tenía vínculos estrechos con la izquierda política más allá de los fenómenos de “dualismo” en el comportamiento electoral de los trabajadores sindicalizados que hace años fueran tipificados por estudiosos del sindicalismo uruguayo.<sup>50</sup>

El giro ciudadano y policlasista de la izquierda no es nuevo, ni se inauguró con el Frente Amplio, pero se confirmó como impronta predominante en la convocatoria frenteamplista en consonancia con esa composición más plural que trascendía ampliamente a la izquierda socialista. Entre 1971 y 1973 el Frente Amplio, al tiempo que preservaba la relación privilegiada con el movimiento sindical, comenzó a desarrollar una prédica orientada específicamente hacia el empresariado, más allá del hecho de que la polarización social y política de la época impuso barreras firmes que inhibieron esa posibilidad de acercamiento. De esta forma el Frente Amplio se proyectaba desde su origen hacia un tipo de convocatoria social definitivamente policlasista que comenzaba a colocar a la izquierda en un mismo plano respecto al tradicional policlasismo de blancos y colorados. Este fenómeno se confirma plenamente y se profundiza entre 1984 y 1999, con una inflexión que lo agudiza a partir de 1989, y se refuerza y converge con las transformaciones que experimenta simultáneamente el movimiento sindical.

Con esta confirmación y profundización del policlasismo, se ha producido un acercamiento de la izquierda a un rasgo distintivo de nuestros partidos tradicionales. Pero, el discurso del Frente Amplio mantiene, como nota distintiva frente a blancos y colorados, una apelación social donde lo popular adquiere una consideración privilegiada. El énfasis programático en la justicia social y el discurso igualitarista se anudan con ese tono popular dentro de una convocatoria policlasista y ciudadana. El Frente Amplio continúa presentándose

---

<sup>50</sup> Alfredo Errandonea y Daniel Costábile (1969) desarrollaron la idea del “dualismo” para caracterizar el hecho de que los trabajadores sindicalizados apoyaran a dirigentes gremiales de izquierda mientras que en sus preferencias políticas no abandonaban su adhesión a los partidos tradicionales. Casi treinta años después de su formulación aquella tesis fue reafirmada por Errandonea (1986) y cuestionada por Luis Eduardo González (1986) quien entiende que no existe tal dualismo ya que, de acuerdo a los resultados de su investigación basada en encuestas, considera que hay una correlación positiva fuerte entre afiliación sindical y adhesión electoral izquierdista de los encuestados.

a sí mismo como fuerza política más representativa de los intereses populares. Por más vaguedad que pueda imputarse a este tono "popular", la pretensión de representatividad de lo popular, la exhibición deliberada de una especial sensibilidad social y el énfasis igualitario, elegidos como elementos de diferenciación respecto a blancos y colorados, están revelando la herencia de los ya viejos y difícilmente reconocibles sesgos clasistas, ahora diluidos en una nueva matriz predominantemente ciudadana y policlasista. De esta forma el Frente Amplio, al desplegar una convocatoria que está a medio camino entre lo ciudadano y lo social, incorpora un componente de la tradición nacional ciudadana y al mismo tiempo salva su tradición social. Se acerca a los partidos tradicionales y reafirma su propia tradición.

### Conclusión

El Frente Amplio ha vivido entre 1984 y 2000 un proceso de moderación política que redujo la distancia que lo separa de los partidos tradicionales. En varios de los aspectos estudiados, se ha acercado a ellos. Esto es claro en la reformulación de los postulados programáticos. Sin embargo ello no resulta en un desdibujamiento o confusión con los "otros" ya que al mismo tiempo mantiene una identidad centrada en la apelación de tono "nacional" y –sobre todo– "popular" y al carácter transformador del programa económico y social. Algo similar sucede con los aspectos ideológicos ya que, si bien se detectan cambios (menor intensidad y mayor extensión ideológica) se confirma una matriz ideológica socialista (aunque revisada), que, combinada con los nuevos elementos incorporados, ha dado lugar al difuso "progresismo" actual. Por su parte, la convocatoria de la izquierda ha confirmado las apelaciones ciudadanas y policlasistas preexistentes, al tiempo que se procesa una redefinición de las relaciones con el movimiento sindical y una normalización de la comunicación con el empresariado, aunque ambos fenómenos arrastran ex profeso la preferencia "popular" y el tono igualitarista del llamado de la izquierda.

En cuanto a la estructura y funcionamiento internos, se constatan cambios que van en el sentido contrario respecto a los anteriores: se confirma y profundiza un distanciamiento respecto a las modalidades organizativas de los partidos tradicionales uruguayos, al menos en un aspecto parcial. Por un lado, se produce una institucionalización partidaria del frenteamplismo que, supera la configuración híbrida fundacional de coalición y movimiento, da lugar a la constitución de una estructura partidaria predominante dentro de la que conviven diversas fracciones. Por otro lado, aunque se vio afectado por la crisis de participación que mermó su distintivo caudal militante y llevó a revisar las formas de vinculación y adhesión, el Frente Amplio profundizó uno de sus aspectos diferenciadores: la institucionalización de la participación de los miembros en la toma de decisiones.

Entonces, si bien hay cambios que denotan una moderación política que lo acercó a los partidos tradicionales, al mismo tiempo esta izquierda moderada en que se ha transformado el actual Frente Amplio reforzó su personalidad partidaria preservando y redimensionando algunos sesgos que ya eran distintivos. La confirmación de una identidad frenteamplista que sobrevive y convive con las tendencias centrípetas constatables en el sistema de partidos uruguayo en los últimos años, ubican al Frente Amplio como un actor partidario claramente diferenciado de los partidos blanco y colorado los cuales a su vez aparecen muy asociados entre sí en torno a la gestión de gobierno y por efecto del nuevo escenario electoral que los

reúne en noviembre de 1999 para enfrentar al Frente Amplio. Ello se ve reforzado a su vez por el lugar que la tradición propia pasa a ocupar en la identificación partidaria y en la práctica política de la izquierda, lo cual nos lleva al fenómeno de la tradicionalización que estudiaré específicamente en un próximo documento de trabajo.

Esa tradicionalización en sentido estricto se produce simultáneamente y se relaciona con el reposicionamiento de la izquierda en el sistema político uruguayo, el cual tiene que ver tanto con el crecimiento de su caudal electoral, como con su moderación política, resultando un achicamiento de la distancia, una suavización de la diferencia, respecto a los partidos tradicionales (blanco y colorado). En los diversos aspectos estudiados (ideología, programa, estructura y funcionamiento, convocatoria) se constatan cambios que van orientando, aunque con matices, a la izquierda hacia una confluencia con ciertos atributos de los partidos blanco y colorado. En tanto estos cambios vienen a moderar algunos extremos, a limar ciertas aristas (programáticas, ideológicas, clasistas, militantes) de la izquierda cabe denominar esta faceta de la renovación como una moderación política. La izquierda de estos años es una izquierda moderada y por ello es posible decir que ha achicado la distancia que le separa de los partidos blanco y colorado (más allá de que los cambios de estos dos, que no estudio aquí, hayan extremado el acercamiento).

Moderación y tradicionalización (las dos facetas de la renovación) no sólo son simultáneas y compatibles, sino que más bien han demostrado ser complementarias y funcionales: la segunda funciona como antídoto frente a los peligros que plantea la primera. La moderación política, en tanto acorta la distancia frente a blancos y colorados y aumenta los parecidos, le podría haber planteado al Frente Amplio el riesgo de desdibujarse, de perder perfil propio, poniendo en peligro su lugar propio en el sistema. Sin embargo, al operarse simultáneamente la tradicionalización que refuerza y tonifica al frenteamplismo, confirmando su personalidad e identidad política, ese riesgo es neutralizado, sencillamente no se concreta. Moderación y tradicionalización están conectadas y se explican mutuamente. Retomaré y desarrollaré esta relación entre moderación y tradicionalización en un segundo documento de trabajo sobre el tema.

En resumen, en el período que transcurre entre 1984 y 2000, el Frente Amplio ha desarrollado un proceso de renovación caracterizado por la moderación y la tradicionalización. Esa renovación, que retoma antecedentes del pasado predictatorial, ha estado estrechamente vinculada (e interactúa) con el reposicionamiento de la izquierda en el sistema político. En ese sentido, la renovación parece haber sido exitosa desde el punto de vista del creciente peso de la izquierda en el sistema político uruguayo.

Sin embargo, sobreviven dos problemas estrechamente conectados entre sí, puntos débiles que podrían volverse núcleos problemáticos para sus chances futuras. Por un lado, la indiferencia institucional de la izquierda (testimonio de su incompleta democratización) y, por otro, el conflictivo despliegue de las lógicas de gobierno y oposición. Sobre estos asuntos versará el tercer documento de esta serie dedicada a la renovación de la izquierda uruguaya.

## Bibliografía y fuentes <sup>51</sup>

- Bottinelli, Oscar (1993): "Estructura y funcionamiento de los partidos políticos en Uruguay", en K. Bodemer y María Elena Lurnaga (compiladores): *Estructura y funcionamiento de los partidos políticos, una reforma posible*, FESUR - Editorial Trilce, Montevideo.
- Buquet, Daniel (1998): "La reforma electoral en la coyuntura", en *Cuadernos de Marcha* (noviembre 1998), Montevideo.
- Buquet, Daniel - Chasquetti, Daniel - Moraes, Juan Andrés (1999): *Fragmentación política y gobierno en el Uruguay ¿Un enfermo imaginario?*, Instituto de Ciencia Política, Montevideo.
- Caetano, Gerardo y Rilla, José (1991): "La izquierda uruguaya y el socialismo real. Visión histórica de algunas trayectorias", en *La herencia del socialismo real*, FESUR, Montevideo.
- Caetano, Gerardo y Rilla José (1995): "Izquierda y tradición. Un problema y su versión en Uruguay", en Gerardo Caetano - Javier Gallardo - José Rilla (1995): *La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política*, Ediciones Trilce, Montevideo.
- Costabile, Daniel - Errandonea, Alfredo (1969): *Sindicato y sociedad en Uruguay*, FCU, Montevideo.
- Errandonea, Alfredo (1986): "Sindicatos y democracia tutelada", en *Cuadernos de Marcha*, No. 9, Montevideo.
- Fernandez Huidobro, Eleuterio (1996): *Héctor Rodríguez, el tejedor*, Editorial Tae, Montevideo.
- Gallardo, Javier (1995): "La izquierda uruguaya. La parábola de los zorros y los leones", en Gerardo Caetano - Javier Gallardo - José Rilla (1995): *La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política*, Ediciones Trilce, Montevideo.
- Gallardo, Javier: "Orden hegemónico y contrahegemonía de la izquierda", en "Los partidos políticos de cara el 90", Instituto de Ciencia Política, FCU - FESUR, Montevideo, 1989.
- Garcé, Adolfo (1999): "Ideas y competencia política en el Uruguay. Revisando el fracaso de la CIDE", en *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, N° 11, ICP-FCU, Montevideo.
- Garcé, Adolfo - Yaffé, Jaime (1999): "La evolución del programa frenteamplista. Un cambio a la uruguaya", en *Revista Posdata*, N° 272, 17/12/99, Montevideo.
- Gatto, Hebert (1997): "De frustraciones e islas ideológicas", en *Cuadernos de Marcha*, No. 134 (diciembre 1997), Montevideo.
- González, Luis Eduardo (1986): "Los sindicatos en la arena política", en *Cuadernos de Marcha*, No. 9, Montevideo.
- González, Luis Eduardo (1993): *Estructuras políticas y democracia en Uruguay*, Instituto de Ciencia Política - Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo (traducción de la edición original en inglés de 1991).
- Harnecker, Marta (1991): *Frente Amplio. Los desafíos de una izquierda legal*, tomos I a IV, La República, Montevideo.
- Kolakowsky, Leszek (1985): *Las principales corrientes del marxismo*, Tomo 1 "Los fundamentos", Alianza Universidad, Madrid (edición original 1976).

---

<sup>51</sup> Sólo se incluyen los trabajos y los documentos citados en este documento. La bibliografía y documentación completa figurarán en el último de los tres documentos de trabajo que integrarán esta serie.

- Lanzaro, Jorge (1996): *La izquierda uruguaya de la adscripción corporativa a la emergencia de un partido de nuevo tipo (medio siglo de vida política: 1942-1996)*, inédito, Montevideo.
- Lanzaro, Jorge (1986): *Sindicatos y sistema político. Relaciones corporativas en el Uruguay, 1940-1985*, FCU, Montevideo.
- Lanzaro, Jorge (1991): "El sindicalismo en la fase post-keynesiana", en *Cuadernos del ClaeH*, N° 58-59, Montevideo.
- Panebianco, Angelo (1990): *Modelos de partidos*, Alianza Universidad, Madrid (traducción de la versión original en italiano publicada en 1982).
- Pareja, Carlos (1992): "Entre las falacias presidencialistas y el parlamentarismo furtivo de los uruguayos", en Pareja, Carlos – Peixoto, Martín – Perez, Romeo (1992): *La alternativa parlamentaria*, CLAEH-ESC, Montevideo.
- Pareja, Carlos (1996) : "Las instituciones políticas uruguayas al final del siglo XX. Un balance orientado hacia los largos plazos y las referencias comparativas con itinerarios parangonables", *Revista uruguaya de Ciencia Política*, N° 9, ICP-FCS, Montevideo.
- Peixoto, Martín (1999): "Los dilemas de los partidos tradicionales", en Cuadernos de Marcha (agosto 1999), Montevideo.
- Pérez, Romeo (1994): "Elecciones: atonía programática y tendencia centripeta", en *Relaciones*, N° 124 (setiembre 1994), Montevideo.
- Queirolo, Rosario (1999): "La tradicionalización del Frente Amplio" en Luis Eduardo Gonzalez y otros *Los partidos políticos uruguayos en tiempos de cambio*, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.
- Rilla, José (1999): "Cambiar la Historia. Sobre la relaciones entre la historia política y la élite política en el Uruguay contemporáneo", *Revista uruguaya de Ciencia Política*, N° 11, ICP-FCU, Montevideo.
- Sartori, Giovanni (1992): *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza Editorial, Madrid, (primera edición original en inglés 1976).
- Wettstein, Germán (1993): *El Frente Amplio: en el umbral del gobierno nacional*, tomos I a VI, La República, Montevideo.
- Wettstein, Germán (1984): *La autoridad del pueblo. Liber Seregni*, Ediciones Indice, Montevideo.

#### Documentación

- "Bases Programáticas de la Unidad" (FA-1971), en *Lo nuestro*, documentos, No. 2, Montevideo, 1984, págs. 20 a 24.
- "Bases programáticas de la unidad" (FA-1984), en *Documentos 1*, Comisión Nacional de Propaganda del Frente Amplio, últimas siete páginas.
- "Plataforma electoral" (FA-1989), en *Documentos 7*, Frente Amplio, s/d.
- "Mas allá del desaliento hay un país que nace" ("Documento de los 24"), en diario *La República* en las págs. 8 a 12 de su edición del día 5/7/91.
- "Documento preparatorio del Congreso Extraordinario" (FA-1994), , en *Congreso Frente Amplio*, Comisión Nacional de Propaganda del Frente Amplio, junio 1994
- "Plataforma electoral y Plan de Gobierno" (FA-1994), en *Congreso extraordinario, 1-2-3 de julio de 1994, documentos aprobados*, edición de emergencia, taller central de propaganda del Frente Amplio, octubre de 1994, págs. 16 a 82.
- *El otro programa*, Encuentro Progresista - Frente Amplio, octubre de 1999.

**INDICE**

Introducción general: restauración democrática y renovación de la izquierda .....	1
Renovación ideológica .....	6
Reformulación programática .....	12
Reestructura y funcionamiento .....	23
Reequilibrio de las convocatorias ciudadana y social .....	31
Conclusión .....	35
Bibliografía y fuentes .....	37